

42637
AMÓS SALVADOR

de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando
y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.



CONCEPTO DE LA ESTRATEGIA



MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902

NO SE PRESTA

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208057

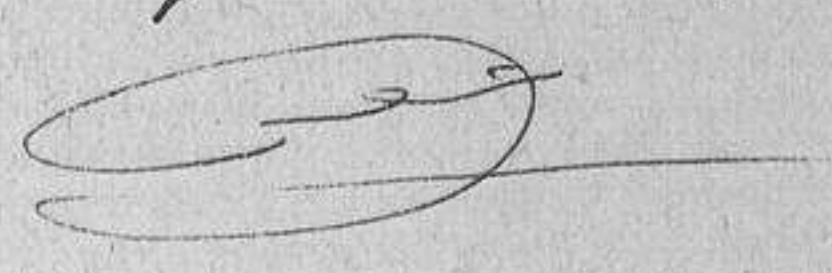
R 003199

T=76036
c.208.057

R
3155

Donatario de D. Amos Galvanos

16 junio 915



CONCEPTO DE LA ESTRATEGIA



CONCEPTO DE LA ESTRATEGIA

PREMIADO

EN EL

CERTAMEN DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA

DE

2 de Mayo de 1902.



Presentado al Concurso con el Lema
"La Victoria sólo concede sus favores á quienes
la miman mucho",
le correspondió el premio de
S. A. la Serenísima Señora Infanta
Doña María Isabel.



A. 27.266

MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902

DEDICATORIA

Señor:

Obra militar de más importancia espero ofrecer á V. M.;

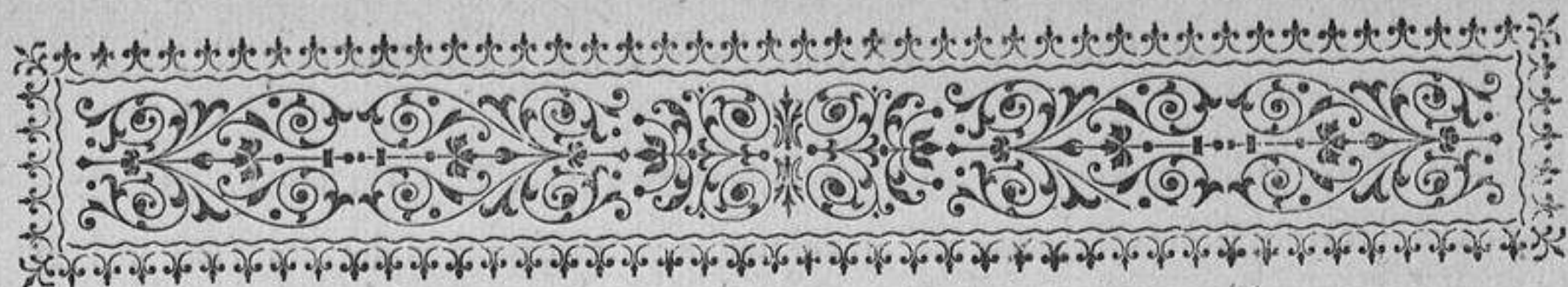
pero ¡no tengo más que esto por ahora!

Y me atrevo á dedicárselo, porque la benevolencia con que V. M. lo recibe y otros lo miran..... ¡casi anubla mi certidumbre de que nada vale!

Señor:

B. S. R. M.,

Amós Salvador.



CONCEPTO DE LA ESTRATEGIA

I

Antes de empezar.

Antes de empezar, quiero decir algunas palabras acerca de lo que se propone ser este trabajo.

Hace mucho tiempo acaricio la idea de escribir una obra militar, que habría de ser muy voluminosa; pero no he reunido los muchos datos y elementos de muy variada índole que para ella necesito, y no le ha llegado aún la hora de escribirse.

Tardíamente he tenido noticia de que se prepara un certamen del Ejército y de la Armada sobre temas determinados, y me han acometido deseos de acudir á él, extractando algo de lo que tenía preparado.

Pero ¿qué habrá de ser ese certamen?

Difícil es formarse de él una idea precisa. Porque de una parte se admiten trabajos impresos, sin más condición que la de estar publicados dentro de los últimos cinco años, lo cual da ingreso á trabajos seriamente meditados y detenidamente hechos. Y, por otra parte, se admiten manuscritos, sin otra condición que la de exceder de doscientas el nú-

mero de las cuartillas, lo cual hace pensar en labores más modestas, habida cuenta de que, aun para las impresas, no se consiente gran antigüedad, como buscando principalmente la novedad, y, sobre todo, el que el plazo asignado para la presentación de los trabajos es cortísimo, debiendo terminarse el 1.º de Mayo.

Se inclina uno á pensar que debe ser así, entendiéndose que el certamen tiene por objeto estimular al estudio de los asuntos militares, con el pretexto de la jura de quién habrá de ser el Jefe supremo del Ejército y de la Armada; y, si no se trata de estudios hechos con anterioridad á la convocatoria, sino de los que puedan redactarse dentro del plazo que se concede, ¡sería difícil esperar cosa de gran alcance é importancia! No dejarían de tenerla, sin embargo, aquellos que dieran á conocer ideas originales sobre alguno de los temas, ó que desarrollaran puntos determinados de ellos, ó que compilaran y resumieran pareceres diseminados en varios libros, ó que popularizaran, en fin, algunos conceptos, dándoles importancia con la claridad y amabilidad con el estilo.

Si no es esto y sí lo primero, no valdría la pena de leer este trabajo, porque yo mismo me apresuro á declarar su insignificancia.

He de pensar, no obstante, que se trata de lo segundo, puesto que acudo al certamen, y sería empresa vana la de llevar á la pelea con obras maduras las inexcusables improvisaciones á que obliga la premura del tiempo.

En este supuesto, pretendo discurrir sobre el concepto de la Estrategia; entiéndase bien, sobre el concepto y nada más.

Un libro sobre Estrategia escrito en España, tal como yo lo entiendo, no podría excusarse de traer á cuento gran caudal de hechos históricos y las

opiniones de los grandes Capitanes y de los escritores de nota, discutiendo friamente los unos y las otras, combinando, resumiendo, comprobando los resultados ó leyes á que se llegara con el examen detallado de las más importantes empresas de guerra, y aplicando lo ya demostrado á nuestro país, para obtener tipos estratégicos que le fueran aplicables en los conflictos guerreros, ya tomando la ofensiva, ya limitándose á defender y conservar íntegro el territorio nacional.

Pero ¿quién podría lisonjearse de saber ni de poder llevar á cabo cosa semejante en plazo tan angustioso?

Y el concepto no más de la estrategia, ¿sería cosa tan baladí que no mereciera ser objeto de un estudio especial?

Tengo para mí, aunque sea esto adelantar ideas que hayan de tener el debido desarrollo en el lugar oportuno, que no hay en los asuntos de guerra estudio más interesante que el de la Estrategia, que lleva en sí mismo el germen de todo espíritu militar; que eleva y dignifica al Oficial de todas las graduaciones hasta colocarlo al nivel del Jefe supremo del Ejército, cuyos pensamientos adivina, cuyas órdenes comprende y con cuyos planes, esperanzas, éxitos y objetivos se identifica; que da idea de que las masas tienen un alma que las mueve y dirige, y que por eso, el combate deja de ser un choque brutal, en el que lo destructor de las armas encierra la victoria, y es, en cambio, el pensamiento que una necesidad engendra, y que se realiza, extremando los recursos del ingenio, para que el estado de guerra sea lo más corto posible y, sobre todo, para que el más rápido desenlace coincida con la mayor economía de sangre.

Pero con ser esto cierto, no lo es menos que el concepto de la Estrategia anda muy desmayado!

Unos creen que eso atañe al General Jefe ó á lo sumo á algunos Generales, y que á ellos les basta inspirarse en las virtudes de la obediencia, de la disciplina y del honor; otros entienden que les bastará aprender ó recordar, cuando á Generales lleguen, olvidando lo que saben, sin perjuicio de no poder realizar esas esperanzas cuando ya no hay tiempo, porque ha perdido la inteligencia flexibilidad y costumbre: algunos se contentan con nociones incompletas que inducen á error; los más estudiosos se pierden en conjeturas sobre las muchas opiniones contradictorias que en la materia abundan, y sólo aquellos perseverantes, entusiastas y de talentos excepcionales, logran adquirir y conservar los escogidos conocimientos que habrán de serles indispensables al alcanzar las últimas jerarquías de la milicia.

Discurrir, pues, sobre el concepto de la Estrategia con la extensión bastante para dejarlo debidamente esclarecido, y con el laconismo necesario para que los accidentes no presenten borrosos los contornos generales que interese retener, me parece materia de extremada importancia, en la que la dificultad de atinar con las proporciones y el encadenamiento no debe obscurecer la bondad del intento.

En tal supuesto he de descartar todas aquellas ideas que se han querido demostrar por procedimientos llamados aritméticos, geométricos ó, en una palabra, matemáticos, y aun aquellos razonamientos que por hondos ú oscuros han motivado grandes discusiones, porque unos y otros exigirían esfuerzos de inteligencia incompatibles con una labor de mera popularización. Y con igual esmero apartaré aquellos otros que, sin ser estériles y mucho menos impertinentes, recargarían la memoria y harían perder á otros su sencillez y precisión.

Ni originalidad pretendo. Es bien difícil que no haya, poco ó mucho, algo mío, porque no es dable á nadie hacer cosa alguna en donde no deje impresa la huella de su personalidad, siquiera no pase de su estilo literario; pero mi propósito es resumir lo que más se ha dicho, lo que más se sabe, lo que parece más averiguado, lo más claro, lo más fácil, lo que haga decir, en fin, á cuantos estos asuntos estudian, que ya todo lo sabían; y á los que no lo saben, que lo entienden todo.

Si tales ideas tienen acogida en el certamen, todavía podré equivocarme y hacer algo malo ó insubstancial, no acertando con el plan más apropiado, ó con el orden y manejo de los razonamientos, ó con la claridad y sencillez que deben ser norma en los asuntos que de popularizar se trata; pero no excusarían su lectura los encargados de fallar así: en cambio, se hará inútil ese trabajo, si ha de verse éste en competencia con otros detenidamente elaborados con mucha anterioridad al concurso, porque ya lo he dicho y nuevamente lo repito, entonces yo mismo me declaro fuera de él.

II

Primeras ideas que definen el plan.

No por afán de inventar nombres, y menos aún griegos, sino por la necesidad ó conveniencia, al menos, de designar con una sola palabra las agrupaciones de ideas, llamaría *Estratología* á la suma de conceptos ó doctrina general que se relaciona con el Ejército en todas sus manifestaciones y haría una primera gran división fundada en lo que sigue.

Lo primero es formar, crear el Ejército, reclutándolo, armándolo, instruyéndolo y sometiénolo á

la obediencia y á la disciplina. Todo esto lo incluiría en una rama especial, con varias subdivisiones, á la que llamaría *Estratogonía*.

Formado el Ejército, hay que moverlo y dirigirlo para dirimir con él las contiendas de guerra, concibiendo los planes más apropiados para el más rápido y ventajoso desenlace; y esto, que depende principalmente del Jefe supremo, es lo que se denomina *Estrategia*.

Definido el plan de campaña y los movimientos necesarios para realizar el pensamiento estratégico, hay que conducir á los puntos fijados, y en el tiempo preciso que las operaciones proyectadas reclamen, la masa total de fuerzas, á lo cual se le llama Logística, que es una expresión demasiado extensa, si como quieren algunos, ha de significar el *cálculo de todo* cuanto con las empresas militares se relaciona, y demasiado estrecha si, como quieren otros, ha de limitarse al transporte de fuerzas. Sin perjuicio de usar esa palabra consagrada por el uso y cuya sustitución, sin aportar beneficio alguno, induciría á confusión, sería acaso más propia la de *Estratogogía*.

Finalmente, es preciso hacerle combatir, y esa es la misión de la *Táctica*.

Vendría después gran caudal de subdivisiones, entre las que pudiera citar algunas tan importantes como la instrucción militar y la división en porciones y unidades del Ejército para fines puramente tácticos, pero que no son la táctica propiamente dicha, y que pudieran llamarse respectivamente *Estratopedia* y *Estratotomía*¹; pero cuya

¹ στρατος = ejército: στατηγος = General jefe: λογος = teoría, doctrina: γονεια = generación: αγω = conducir: παιδεια = instrucción: τομη = sección. Se usa la palabra Estratopedia con muy diversa significación, formando parte de la Logística, que se divide en Proegética (marchas), Estratopedia (reposo, descanso), y Micrologística (exploraciones, reconocimientos, etc.).

determinación sale por completo fuera de mis propósitos, los cuales se reducen por el momento á designar el lugar que ocupa la Estrategia entre los estudios militares, y para eso basta lo dicho.

Ya tiene, pues, asignado un puesto la Estrategia; pero se desarrolla compenetrándose con diversos conceptos que distan mucho de ser ella misma y de los cuales necesita, sin embargo, para serlo, puesto que sin ellos no podría desenvolverse. Es, como se ve, muy difícil el justificar el examen de esos conceptos, que realmente no son Estrategia, en un trabajo que sólo se propone hablar de ésta, y no obstante, es inexcusable el poner la mano sobre todo aquello que tiene influencia sobre su desenvolvimiento y en cuyo contacto vive, so pena de mutilar la extensión que reclama aquello mismo que se trata de esclarecer.

No cabe dudar, en efecto, que ni la Política ni la Geografía, por ejemplo, sean Estrategia; y parece descaminado el tratar de ellas cuando de ésta exclusivamente se trate; pero menos dudoso es aún el íntimo trato que ésta tiene con aquéllas; de suerte que sin ponerse en contacto con la primera para que le dé normas, no tiene, acaso, fundamento, y, sin hablar muy íntimamente con la segunda, no se concibe siquiera su desarrollo.

El medio que se me ocurre para obviar esas dificultades consiste en hacerme cargo de esas cuestiones, dentro del laconismo que es propósito fundamental de este escrito, con mayor sobriedad, si cabe, pero sin exagerarla de modo que no se perciba bien la mutua dependencia, porque en tal caso no se aclararía lo bastante el concepto primordial que se trata de esclarecer.

No me parecería atinada la completa eliminación; pero les asigno el carácter de conocimientos preliminares, y, en tal supuesto, dedico apartados

especiales, que ni siquiera merecen el calificativo de artículos, á los que se definen diciendo que «la Estrategia se inspira en la política, se desarrolla en el terreno, maneja fuerzas organizadas y ha de caracterizarse por la iniciativa ofensiva».

Aunque no sería estéril, y mucho menos contraproducente, el explicar otros contactos, con esos preliminares me basta para definir, aunque no extensamente, lo que sea en sí misma la Estrategia, así como la manera de llegar á sus leyes, dedicando á cada una de ellas párrafo especial, puesto que esa es, sin duda alguna, la parte más fundamental del trabajo.

Tales leyes obligan á algunas consideraciones, de índole parecida, sobre la adopción y conservación de bases y líneas de operaciones, así como de los objetivos que sirven de punto de mira á esos problemas de guerra.

Fúndanse éstos en la Estrategia que los concibe, en la Logística que prepara la solución y en la Táctica que los resuelve; conceptos que se distinguen entre sí, á la vez que se entrelazan, sintiéndose la necesidad de definir y de limitar la primera en sí misma, por una parte, y hacer patente por otra las relaciones íntimas que mantiene en todo momento con cada una de las otras dos.

La misión de la Estrategia puede terminar en el campo de batalla ó prolongarse dentro de éste, maniobrando tácticamente, pero con un carácter marcadamente estratégico, y es asimismo indispensable esclarecer esos conceptos.

No menos contribuye á fijar bien el de la Estrategia misma el discurrir sobre la influencia que ejerce sobre el éxito y duración de las campañas; porque si ahorra batallas y con ellas tiempo, sacrificios, y, sobre todo, sangre, no sólo será justo reputarla como cosa verdaderamente eximia, sino

que habrá que elevarla á la categoría del primero, más útil y más decisivo elemento de la guerra.

En cuanto precede, y más aún habiendo dicho que la Estrategia ha de ser esencialmente ofensiva, pudiera hallarse esa idea, no ya como nota dominante, sino exclusiva; de suerte que habría de pensarse que su dominio termina á las puertas de la defensiva, para la cual no puede proporcionar recurso alguno, lo cual es absolutamente inexacto y es punto á dilucidar; porque ni la defensiva absoluta se justifica más que en casos excepcionales, ni hay empresa guerrera en que no quepan combinaciones concebidas por la Estrategia.

Asimismo ha de discutirse sobre si los perfeccionamientos de las armas debilitan ó no el valor de la ofensiva, y si han de variar en consonancia los objetivos de la Estrategia.

Con los extremos apuntados se habrá venido á demostrar que ella es esencial en los conocimientos militares; y el afirmar que su estudio debe mirarse con predilección especial y no abandonarse en ninguna época de la carrera de las armas, pondrá remate á este trabajo modestísimo.

Tal es, no sólo el plan que me propongo seguir, sino la enumeración terminante de los puntos diversos que hayan de ser examinados; pero queda aún por resolver una dificultad de orden.

Parece difícil que se pueda hacer patente el enlace de aquellas ideas que he apartado al principio como preliminares, con la Estrategia, antes de tener formado de ésta un concepto más ó menos perfecto; y asimismo, cuando ese concepto se tuviera, parecería estéril cuanto para formarlo se intentara.

Así es, en verdad; pero ni le doy importancia extraordinaria, ni lo juzgo problema irresoluble. No sé yo quién haya de emplear su tiempo en estas

lecturas sin estar ya iniciado en las materias que se tratan; y aun aquellos que fueran en ellas legos, con lo poco que precede tendrían bastante para no considerarse absolutamente huérfanos de toda idea estratégica, hasta el punto de no poder seguir sin grave molestia las mencionadas digresiones; pero será, sin duda, mejor anticipar provisionalmente alguna definición, siquiera sea tan incompleta como todas las que se adelantan al conocimiento detallado de lo que se proponen definir.

A este propósito diré que corresponde á la Estrategia «el estudio de cuanto pueda contribuir á formar el plan general, y algunas veces particular, de las operaciones militares que hayan de realizarse en el campo de la lucha, comúnmente llamado teatro de la guerra».

Antes de terminar este apartado, quiero llamar la atención sobre una frase que si se repite mucho habrá de parecer estribillo, y que si á menudo no se emplea puede conducir á equivocaciones lamentables. Me refiero á ésta: *á igualdad de las demás condiciones*, cuya repetición es completamente inexcusable.

Intervienen en los asuntos de guerra gran cantidad de circunstancias de la más variada índole; y como sería ó muy confuso ó acaso imposible estudiarlas en junto, se hace forzoso tratarlas con separación y deducir conclusiones relacionadas con cada una de ellas aisladamente; pero sería error gravísimo el pensar que, cuando esas circunstancias se presenten, los resultados se acomodarán á aquellas conclusiones sin hacer entrar en la cuenta todas cuantas con ellas puedan concurrir.

Las más profundas combinaciones estratégicas llevan, por ejemplo, el ejército á un campo de batalla, donde todo le es favorable, haciendo pensar seriamente en que *debe ganarse*; pero no llega una

orden, se desmoraliza una parte de la fuerza, equivoca un General la maniobra, da muestras el adversario de mayor capacidad en la lucha, despliegan un valor heroico y totalmente excepcional, demuestran mejor espíritu, mayor instrucción, armas perfeccionadas con las que no se contara, y por alguna de estas cosas, ó por otras muchas que pudieran citarse, la batalla se pierde. Recíprocamente, se llega á la batalla en las peores condiciones y con movimientos evidentemente censurables, de suerte que haya de tenerse el choque por verdadera locura; pero la inspiración instantánea de un Jefe, el denuedo de un cuerpo, un error del enemigo que se aprovecha oportunamente, ú otras causas, dan la batalla ganada. Pues sería desatinado el juzgar de las operaciones por los resultados contrarios á lo que de ellas se esperara. Si condiciones excepcionales, con las que no debiera racionalmente contarse, intervienen en el problema y lo resuelven, dando superioridad que no pudiera adivinarse á una de las partes, no por eso habrá de negarse que, *á igualdad de las demás condiciones*, que es lo que deberá suponerse en el estudio parcial de los conceptos militares, la primera batalla debiera ganarse y perderse la segunda.

Y nótese bien que, aun cuando se tratara de condiciones que pudieran adivinarse ó conocerse con un examen más detallado del problema en que intervengan, habría motivo, es verdad, de justas censuras al Jefe que no hubiera reunido los datos y elementos de juicio necesarios; pero para el estudio parcial de cada una en el terreno teórico se parte de supuestos, y no podría destacarse con tal objeto ninguna, sin suponer igualdad de las demás, porque cualquiera de éstas que se añadiera, borraría en el acto el aislamiento de aquella que fuera parcialmente objeto de examen.

III

La Estrategia se inspira en la política.

A nadie extrañará, seguramente, que la Estrategia tenga puntos de contacto con la política, si se recuerda que ésta es el arte de gobernar á los pueblos, que aquélla maneja ejércitos, y que éstos son el fundamento y el sostén de las Naciones y de sus Gobiernos.

Tal como andan las cosas, y no es dable pensar que varíen radicalmente en mucho tiempo — antes parece que el derecho internacional ha sufrido en el siglo pasado notabilísimo retroceso —, el ejército asegura, no sólo la tranquilidad y el orden público, que tan indispensables son para el desarrollo de todos los intereses y para el desenvolvimiento de la riqueza nacional, sino que afirma la integridad del territorio, que es tanto como decir que nos proporciona una patria, y, lo que vale más aún, los medios de vivir sobre ella con independendencia y con honor. Nada hay, pues, sobre la tierra tan eminentemente político como el Ejército, porque de él penden los más sagrados intereses nacionales; porque en él se funden todas las aspiraciones y se fundan todas las esperanzas; porque es organismo que asegura el funcionamiento de todos los demás inherentes á la vida del Estado, y por todo esto es, en fin, el principal elemento de gobierno.

Y no vale decir que con todo ello resulta un instrumento muy caro, y que no debe pensarse en él sino en aquella medida que consientan los medios económicos del país, porque sin él puede caerse en el desorden, que es la muerte de todos esos medios económicos, y desaparece, por lo tanto, la hacienda

ordenada; porque tratándose de intereses tales como la posesión de una patria y el modo de vivir en ella con honra, no hay sacrificio que pueda excusarse, ni abandono que no sea punible, y porque resultaría á la postre como el organismo más económico que pudiera imaginarse, si se comparara su costo en la paz con los inmensos tesoros que se pierden en la guerra y en la anarquía, estimados en torrentes de dinero y de sangre. Él mismo es entonces más caro; pero se paralizan además los negocios, las empresas desmayan, las iniciativas enmudecen, toda especie de vida se paraliza, las funciones sociales se desgarran, las obras públicas se destruyen, el progreso, á duras penas alcanzado, se estanca ó retrocede, la educación popular se resiente por la atmósfera irrespirable en que vive; todo, en fin, se desquicia y anonada, y todo ello, bien tasado, haría tener por baladí el costo de un ejército que tantas desdichas evitara y tantos bienes en consecuencia produjera.

Pero la política, en suma, la imponen los pueblos, de los cuales surgen los Gobiernos, y la influencia de aquéllos sobre éstos en nada se deja sentir tanto como en los asuntos de guerra.

Acaso pueda decirse alguna vez que los Gobiernos arrastraron á los pueblos á la guerra contra su voluntad; aunque, si se ahondara un poco, sería fácil hallar vestigios por donde se viniera en conocimiento de las verdaderas causas que influyeran en los últimos para hacérsela soportable sin desmesurada contrariedad; pero estos son otros tiempos y sería ya bien difícil sostener una guerra que fuera impopular, como no habría medio de evitarla en el caso contrario.

La naturaleza de los recursos, la riqueza de los países, la exuberancia de población, acontecimientos desgraciados ó venturosos, el carácter más ó

menos aventurero, el abolengo de grandezas y otras muchas causas, dan estilo al comportamiento de los pueblos, y antes que hacerle traición desaparecerían de la tierra. Ningún Gobierno, dígase lo que se quiera, hubiera evitado nuestra última guerra con los Estados Unidos, á sabiendas de que era insostenible y de que sería desastrosa, porque los que un día dominaron en dos mundos, no se hubieran resignado á obedecer sin combatir; y si se hubiera querido salvar algo evitando el choque, se habría perdido lo mismo que se perdió y algo más. Pueblos y Gobiernos, en suma, definen la política que les corresponde; y examinando ésta, se llega al conocimiento de si aquéllos son pacíficos ó guerreros, recogidos ó colonizadores, conquistadores ó neutrales, y según ellos sean, así serán sus ejércitos y la organización de sus fuerzas: unos los rechazarán en absoluto, con carácter de permanencia; otros tendrán lo bastante para cubrir las interiores necesidades del orden público; algunos los mantendrán como medio de contribuir al sostenimiento de la paz internacional; otros les darán la fortaleza que exija la conservación del propio territorio, y habrá quienes funden en su grandeza la supremacía militar, y, por lo tanto, la influencia decisiva sobre el destino de las naciones.

Se ve ya que la política da la primera materia que ha de manejar la Estrategia en cantidad y calidad; pero una y otra, y singularmente la última, varían con otras causas igualmente políticas, como la educación, la instrucción, el desarrollo de los intereses materiales, el género de las instituciones, la forma de éstas y otras muchas que sería ocioso mencionar, descollando entre ellas el estado de la Hacienda. Siempre ha sido carísimo cuanto es guerra ó para la guerra, hasta el punto de haberse de tener por exacto que el dinero la

hace y la prepara y la decide en favor del que mayores recursos acumula; pero todavía es necesario exagerar esa nota en los tiempos que corren. Nadie espere ejércitos montados á la moderna, y no espere sin ellos la victoria, en pueblos de hacienda averiada, incapacitada en absoluto para proporcionarles la copiosa cantidad de elementos y de recursos de toda índole que para tenerse por tales necesitan; de suerte que, si se quiere fuerza armada poderosa, ha de serlo igualmente la Hacienda.

Recientemente se dice que la fuerza de los ejércitos está en los maestros de escuela, y da esto mucho que pensar y mucho que reir. Habría que reirse si se entendiera que era la primera enseñanza, y el saber leer y escribir, lo que habría de bastar para tener ejércitos bien instruídos y gobernados, con Jefes de prestigio, con espíritu entusiasta, con antigua reputación que sostener y con victorias recientes que conservar; pero si no se trata de esa somera instrucción, sino de la educación de los pueblos, en las que esos maestros tienen una mínima parte, llevada á fortalecer el cuerpo y el espíritu, creando generaciones de hombres sanos, ágiles y robustos, á la vez que entusiastas, desinteresados, aptos para las penalidades y para los sacrificios, devotos del deber, sensibles al honor y verdaderamente patriotas, entonces no habría que reirse, porque nada tan serio pudiera imaginarse, y en esa fuente han de beber los pueblos y los ejércitos para criarse vigorosos y hacerse respetables.

Lo dicho basta para persuadir de que en cantidad y en calidad proporciona la Política á la Estrategia la primera materia; pero bueno será fijarse, además, en que representando la segunda á la guerra, la combinación de ambas ha de producir modificaciones en la una y en la otra, y singularmente en la segunda, puesto que siendo un concepto más

restringido, habrá de ser dominada por la otra, mucho más extensa y absorbente. Así es, en verdad, y de ahí nace lo que se llama de antiguo *política de la guerra*.

Y bien pudiera decirse que el primer problema que tiene que resolver es poner en armonía la política y la guerra, representada cada una por autoridades diferentes, que pueden estar unidas, separadas y contenidas por un Jefe superior, ó reunidas en una sola mano. No es de esta ocasión el discutir la bondad de unos y otros sistemas, cuando cada cual tiene, con relación á los demás, ventajas é inconvenientes; conviniéndome tan sólo apuntar que las dificultades se agravan ó desaparecen según la naturaleza de las personas encargadas de representar la política y la guerra, respectivamente, y que á todo trance ha de procurarse la armonía, porque no cabe hacer la guerra con la vacilación y la debilidad, sino con la energía más vigorosa, el convencimiento más íntimo y la mayor rapidez compatible con la madurez de juicio. Y nada puede contribuir tanto ni mejor á esos fines como el deslinde de atribuciones.

Corresponde indudablemente á la política el saber qué género de guerra le conviene hacer ó le es forzoso aceptar, y en tal concepto habrá de decir si se ha de llevar al terreno enemigo ó mantenerse á la defensiva, si se ha de ocupar una ú otra extensión de territorio; ha de dar, en fin, el objetivo general, y esa será la norma á que habrá de ajustarse el estratega ¹.

Pero desde ese momento el hombre de guerra ha de tener una libertad completa de acción para imaginar y disponer cuanto crea conducente al logro

1 Siendo el vocablo estratega masculino, no se ve la necesidad de masculinizar la terminación, diciendo estratego, como algunos pretenden.

del fin que se le encomienda, por los medios que la organización militar y los recursos puestos á su disposición consientan, siendo ya la única misión de la política la de ayudar con las coaliciones ó alianzas y la de terminar la campaña cuando sea oportuno concertando la paz.

Natural es pensar en si la política de la guerra ha de obedecer á preceptos ó leyes que hayan sido sancionados por la experiencia, ó si ha de dejarse todo á la apreciación de las circunstancias que definen cada momento. No entra en mis propósitos el ahondar este punto; pero no será ocioso decir que, teniendo la mayor importancia la apreciación exacta de esos momentos, siendo como es materia de experimentación, no debe substraerse al conocimiento de lo que la experiencia enseña, y mucho menos á la aplicación de las reglas cuando ese conocimiento se tiene.

Casi adquieren la categoría de axiomas, y sería demencia desconocerlo, olvidarlo ó negarle atención, las enseñanzas que encierran proposiciones como las que voy á apuntar.

Es arriesgadísimo el empeñarse en guerras de conquista; porque si no se logra vencer con un corto número de golpes de mano y la resistencia se prolonga, aun ganando se pierde.

Las dificultades de las campañas se acrecientan con la distancia, y nunca será prudente el llevar la guerra muy lejos.

La claridad y sencillez de los propósitos ú objetivos contribuye á la bondad de los planes estratégicos.

Las alianzas siempre son convenientes; pero no hay que hacer grandes sacrificios para obtenerlas, porque sólo se obtienen fácilmente cuando hacen poca falta; y en el caso contrario, por lo regular no se obtienen á ningún precio.

En las victorias ruidosas ha de confiarse, para terminar las campañas, más que en habilidades políticas; porque sólo es duradera la paz cuando se concierta con un vencido indudable.

Sin grandes riesgos no se consiguen grandes ventajas; pero si el no rehuir el peligro en ciertos casos es indudable virtud, el correrlos en desproporción con los resultados que se esperen obtener debe reputarse como gran locura. Y toda temeridad es poca cuando el caso es tan desesperado que no se vea otra salvación.

Evitar las situaciones desesperadas es una gran prudencia.

La iniciativa en las operaciones militares tiene un valor incomparable, siendo mucho mejor que paren los golpes que pararlos; pero si no se cuenta con medios suficientes ó preparación debida, vale más esperar otros momentos defendiéndose.

Si una sola guerra, aún con enemigos que no sean superiores, exige gran copia de atención y de sacrificios, difícilmente se podrá sostener más de una, y todo esfuerzo será pequeño para evitarlo.

Muchas otras máximas parecidas pudieran citarse que se hallan en los libros diseminadas, y á las cuales es poco frecuente asignarles el valor que realmente tienen.

Empeñándose en llevar á cada una de ellas la crítica desmesurada y sañuda y hasta la sátira despiadada, regocijándose con el ridículo, no sería difícil presentarlas como inocentadas inconcebibles ó verdades de Pero-Grullo; pero no es la cosa para broma, y así como sería insensato pretender que con tales conocimientos se resolvieran con seguridad absoluta los gravísimos problemas en que la política de la guerra interviene, sería insigne ligereza el no reconocer que cada una es la traducción de experiencias muy repetidas, y que todas juntas

forman un criterio indudablemente sano y conforme con la realidad, que no hará daño alguno en ningún caso, y podrá en cambio muchas veces ser beneficioso.

Nótese, además, que muchas de ellas tienen verdadero carácter estratégico, y si no merecen en ese terreno despreciarse, no habría por qué variar de opinión cuando se rozaran con la política.

De todas suertes, y no debiendo ya dar mayor extensión á estas indicaciones, me creo autorizado por ellas para llegar á la conclusión que era objeto de este apartado.

No puede dudarse que, dominando la política todo cuanto á la gobernación de los pueblos concierne, ha de intervenir en los asuntos de guerra y en la preparación de los medios para sostenerla. De esa intervención nace una política de la guerra que da normas en que inspirarse á la Estrategia y le proporciona desde luego la primera materia, fuerza armada, cuya cantidad y calidad será el primer elemento con que cuente para la resolución de sus problemas, en los que debe moverse con entera libertad dentro de su campo.

Es, pues, la Estrategia cosa distinta de la Política, como más adelante veremos mejor; pero vive en contacto con ella y en ella se inspira.

IV

La Estrategia se desarrolla en el terreno.

Reconozco que el título que precede puede parecer extrañísimo. ¿Qué la Estrategia se desarrolla en el terreno? Pues ¿podría haber alguno que creyera otra cosa? ¿Se pretendería, quizá, que se desarrollara en el aire ó en los espacios planetarios?

Y, á decir verdad, con esas preguntas darían implícitamente la respuesta, porque eso es precisamente lo que se quiere decir.

Basta adelantar la idea de que algunos defienden que «la Estrategia se estudia en el mapa», lo cual conduce á otros al error de pensar que todo ha de ser concepciones y planes desarrollados en aquél, con el auxilio de una regla graduada y un lápiz, para que crea necesario imponer desde las primeras palabras un correctivo, que consiste en hacerles bajar de aquellos espacios imaginarios y ponerlos sobre la tierra para decirles: «Aquí, aquí es donde se estudian esas cosas; no hay planes estratégicos que merezcan la pena de ser tomados en serio, si no son susceptibles de perfecta y segura realización, moviendo hombres, armas, caballos, municiones, carros, y tomando en consideración las distancias, los accidentes de todo género, el espacio y el tiempo; no hay que engañarse, repito, la Estrategia se desarrolla *en el terreno*, que es tanto como decir que no se puede saber la primera, ó por lo menos hacerse de ella aplicación, sin conocer el segundo».

Parado ese golpe, me es forzoso añadir algunos esclarecimientos; porque tal puede ser el mapa, que sea una gran verdad lo de que la Estrategia en él se desenvuelve y con él se basta para el completo desarrollo de sus planes de guerra.

Nunca se exagerará bastante la importancia que tiene en todos los países, el conocimiento, lo más perfecto y acabado posible, del propio territorio nacional.

Necesita uno darse exacta cuenta de la extensión y naturaleza de su suelo, de la riqueza que encierra, de su distribución, del desenvolvimiento de que sea capaz en lo porvenir y de los recursos de toda índole que pueda proporcionar al Estado para

la inmensidad de servicios que tiene que organizar y variadas necesidades á que debe satisfacer. Sin estadísticas de todo género que le proporcionen ese conocimiento, no habrá que pensar en una buena administración de la Hacienda, ni en desarrollo de sus obras públicas, ni de su Agricultura, de su Industria y de su Comercio; y contrayéndonos á los asuntos de guerra, no le sería posible ni la defensa nacional, sin que él le proporcionara los medios de mover y concentrar sus ejércitos, distribuir las fortificaciones, señalar las zonas más apropiadas para teatro de la guerra, elegir los campos de batalla y no engañarse en punto á los recursos que para todo ello podrá sacar del país, y singularmente, en punto á la precisión que reclama el tiempo necesario para los transportes. Pero nada contribuye de una manera más eficaz al conocimiento del territorio, que otras estadísticas completan, como los buenos mapas; porque no solamente lo dan á conocer con la precisión que se desee, sino que, por decirlo así, lo traen á la propia casa, para que sea cómodamente examinado y manejado con la facilidad que se manejan las hojas de papel.

Suficientemente detallados, y construídas hasta las curvas de nivel separadas por pequeñas distancias, pudieran sacarse de ellos todo género de enseñanzas, relacionadas con conceptos de la más variada índole, y hasta redactarse, no ya anteproyectos, sino los proyectos mismos de obras públicas, entre los que merecen citarse los de vías de comunicación; y no hay para qué decir si de todo esto puede sacar partido el Estado en sus relaciones con el problema militar.

Con planos de esa naturaleza, no habría gran falta de cordura al afirmar que basta con ellos y la simple ayuda de un lápiz y una regla graduada para resolver *sobre el terreno* todos los problemas

de la Estrategia y dejar trazados todos los movimientos, indicadas las líneas de operaciones, acotados los tiempos empleados en las marchas y la capacidad de los caminos, así como las obras que provisional ó definitivamente fuera necesario acometer, para la rapidez de las maniobras ó seguridad de los trayectos, porque á todo eso y á cosas más delicadas que todo eso, darían cumplida satisfacción los planos que tantos detalles y con tanta precisión y exactitud como supongo proporcionarían.

Nótese bien que todo esto no es más que afirmar, en forma diversa, lo mismo que afirmaba al principio, es á saber: que el conocimiento del terreno es absolutamente indispensable para llevar á él la guerra; combatiendo la idea de que la Estrategia sea algo puramente racional, que no necesite otros recursos para desenvolverse que los que el pensamiento mismo puede proporcionarle, partiendo de reducido número de datos. Es puramente racional desde que reuna *todos* los datos que le son indispensables para discurrir con acierto, y entre ellos el terreno merece mención especial; de suerte que, sin acostarse sobre él, si se me permite la frase, no podría dormir tranquila cuando de la realización material de sus planes se tratara. Mas, si al conocimiento del terreno se llega, ¿qué importa por qué medios?

¿Habría de preferirse la inspección ocular, más costosa y tardía, cuando el estudio de los planos sirviera más rápida y más cómodamente para formar los mismos juicios?

Pero, aparte el que todavía habrían de completarse con otras estadísticas y noticias de que no pueden dar idea, como las épocas en que se cierran los puertos ó los caminos se ponen intransitables por la humedad ó por el polvo, capaz de asfixiar á

las masas que lo revuelven, cultivos, descuajes, avenidas, inundaciones probables, y tantas y tantas otras cosas que han de tenerse presente en las operaciones, ¿dónde se hallan mapas tan previsores y detallados que hagan estéril por completo la inspección ocular para formar correcto juicio de las dificultades que pueda oponer ó facilidades que pueda proporcionar el terreno?

Y dado caso que eso se tuviera en el propio país, ¿bastaría para llevar la guerra fuera de él? El terreno que importa principalmente conocer es el teatro de la guerra, del cual es bien difícil adquirir, aunque los tenga el enemigo, los planos que para tales fines confeccionara; todo lo cual da idea, no sólo de la importancia que tiene el conocimiento del territorio que se trata de ocupar, sin el cual todos los planes serían juegos de niños, sino la gran dificultad de llegar á él, porque exige una larga, perseverante y muy anterior preparación de quienes hayan de tener el encargo de dirigir las operaciones.

No se me oculta que á estos razonamientos puede oponerse la siguiente objeción, que parece de fuerza:

Todos esos conocimientos y detalles son necesarios para la guerra; pero no así para la Estrategia. Esta piensa, concibe, decide, dirige y manda; pero de la ejecución se encarga la logística y la táctica. Si tratándose de la logística se descendiera á esos pormenores, se tendría por atinado; pero la Estrategia es otra cosa.

Cierto que la Estrategia se distingue de la logística y de la táctica, pero no puede desentenderse de ellas, como demostraré en el lugar oportuno, puesto que ya va adelantada la idea de que he de tratar esos puntos en apartados especiales.

Estaría, pues, autorizado por el momento para

las afirmaciones que hago; pero, si no se ha de perder el orden establecido y la necesidad de no abandonar el método para llegar á la claridad de exposición que se persigue, habría de recordarse que hemos partido de una definición provisional de la Estrategia; la cual será definitiva, acaso, cuando pueda interpretarse debidamente, por haber sido esclarecido su concepto con los desenvolvimientos posteriores y con el contacto de aquellas materias que con la Estrategia se rozan.

Aquella definición nos dice, que le atañe el estudio de cuanto puede contribuir á formar el plan de las operaciones militares que hayan de realizarse en el teatro de la guerra; y no es dudoso que, cuanto vengo apuntando, ha de intervenir necesariamente en la formación de esos planes.

Otro será el momento más apropiado para análisis más detenido; pero será bueno fijar en éste las ideas, para reconocer que es Estrategia, como he demostrado hace poco, el acomodar sus planes á la política, y que lo es asimismo el acomodarlos, como ahora demuestro, á las exigencias del terreno.

Este puede considerarse de dos maneras: geográfica y topográficamente; la topografía interesa más á la táctica, sin que pueda, ni mucho menos, desentenderse de ella la Estrategia; pero, aunque á la logística interese fundamentalmente, tanto la topografía como la geografía, ésta última es tan esencial á la Estrategia, como que ya hemos visto que no puede pasarse sin ella. De su combinación nace la Geografía militar ó Geoestrategia, que es una de las más delicadas é interesantes ramas de los estudios militares, en cuyo examen no puedo entrar, porque se sale fuera de mis propósitos y porque un estudio detenido de esa cuestión se hallaría desplazado.

En efecto; en la geografía militar ha de mirarse la tal geografía desde puntos de vista estratégicos; y así como para el objeto definido y concreto que yo me propongo dilucidar, me conviene, y es razonable, según queda apuntado, el considerar estas ideas como preliminares, en obras de otros alcances, suele preceder, y debe preceder, el estudio de la Estrategia al de la geografía militar, buscando en ésta ó pretendiendo hallar en ésta, las condiciones favorables ó adversas para que puedan tener desarrollo los principios estratégicos.

Así, por ejemplo, son líneas geográficas de la mayor importancia las que marcan divisorias ó vaguadas, y, según que se trate de las unas ó de las otras, variará necesariamente el estilo estratégico. En las montañas interesa conocer la situación de los puertos, el número y viabilidad de los caminos y otras circunstancias, porque todas ellas son un inconveniente estratégico para la ofensiva, puesto que obliga á separar las fuerzas, y mucho más en la actualidad, dada la magnitud de los ejércitos, que no deja pensar en llevarlos por un solo camino. Las mismas cosas interesan en la defensiva, porque, no siendo prudente dividirse para tomar todas las avenidas, sino mantenerse concentrados para operar en masa contra las fracciones, sabiendo elegir la que convenga atacar, ya se deje ó no pasar alguna de ellas, ha de ser fundamental para ella el perfecto conocimiento del terreno, aunque no tenga la trascendencia que para el agresor; porque tratándose de éste, los obstáculos que le obligan á dividir las fuerzas, lo colocan en esa situación que con toda justicia y en términos guerreros se llama de *malestar estratégico*, que fácilmente puede convertirse en *malestar táctico*, llevando aparejada una derrota.

La posesión de las montañas, según algunos, da

irremisiblemente la posesión del llano ó de los grandes valles, donde al cabo se dan las batallas y las campañas se deciden; pero no le doy yo esa importancia, porque lo que hay que poseer es *el ejército enemigo*, venciéndolo y destrozándolo, y eso se hace en los valles con mucha más eficacia que en las crestas de las cordilleras; y cuando en los valles se obtiene la victoria, esas crestas se rinden y bajan la cabeza para saludar al vencedor. Toda posición que se gana, puede reconquistarse por un ejército vigoroso y no maltratado; pero destruyendo el ejército, todas las posiciones caen.

Iguales ó muy parecidas indicaciones cabría hacer respecto de los ríos, á cuyas márgenes crecen las grandes ciudades y la riqueza y la vida se desenvuelve.

En el paso, siempre difícil y siempre hacedero, de los ríos, puede iniciarse el malestar estratégico de que antes hablaba, por la necesidad de dividirse ante un enemigo que, si sabe defenderse, se alejará de la línea á posiciones desde las que pueda operar en masa sobre las fracciones, sabiendo que no interesa tanto impedir el paso como derrotar con seguridad á los que pasen.

No hay que ir más á fondo para dar por demostrado lo que me proponía; porque así, haciendo esas consideraciones, es como se examina el terreno, y todas ellas son, como se ve, esencialmente estratégicas.

Asimismo queda demostrado que se hallan aquí desplazadas, porque sólo conociendo más la Estrategia se les pueda dar el verdadero valor que tienen; y si me he arriesgado á hacerlas, es porque no pueden ser un enigma para el que se haya posesionado bien del significado de la definición provisional que de la Estrategia he dado.

La Geografía militar sirve asimismo para decidir sobre el sistema de fortificaciones que más convenga establecer, y para fijar los puntos de indiscutible importancia, como son aquellos en que es más difícil, si acaso es posible, el verse envueltos y aislados de los territorios que se trata de defender; pero el insistir en estas indicaciones, no tendría más objeto que el de afirmar las que preceden, y no lo creo ya necesario.

Una vez más digo que, dentro de mi plan, no he pensado ni remotamente en discutir el partido que de la Geoestrategia puede sacar el estratega, sino hacer palpable sencillamente que el concepto de la Geografía militar es necesario para completar el de la Estrategia.

V

La Estrategia ha de manejar fuerzas organizadas.

Más bien se justifica este apartado por una necesidad de método, que por otras conveniencias. Unas cuantas líneas bastarán para mi objeto, y aun pudieran suprimirse.

Porque si se ha penetrado bien en el fondo de los dos que á éste preceden, y se ha visto justificado en el uno que es Estrategia el acomodarse á la política, y en el otro que lo es asimismo el acomodarse al terreno, un espíritu mediano de generalización, que no olvide aquel precepto que hacía estratégico cuanto condujera á formar, acertadamente se entiende, el plan de las operaciones que se realicen en el teatro de la guerra, habrá de llegar necesariamente á esta conclusión: «es estratégico acomodarse á cuantas circunstancias puedan

intervenir en las materias de guerra, influyendo sobre la movilidad de los ejércitos, en su potencia decisiva y, en una palabra, sobre el éxito de los combates y de las campañas; y si no se citan todas, es porque ni sería acaso posible, ni de todas suertes es necesario; basta con las principales para el objeto; pero en materia de manejar ejércitos, ¿puede haber algo más fundamental que los ejércitos mismos?

Así es, en verdad: ¡como que basta imaginarlos suprimidos para que toda Estrategia sea imposible, ó, mejor dicho, para que haya de ser olvidada por inútil!

Pero precisamente sobre ese axioma ha de fundarse todo lo que ahora diga: porque cuando no hay Ejército, es muy fácil convencerse de ello; pero no lo es tanto convencerse de que no lo hay, cuando se ven muchedumbres uniformadas sometidas al mando de Jefes, como si se tratara de ejércitos verdaderos, siendo así que pueden llegar á ser un juego de niños ó, más aún, juego de despropósitos, porque cuestan muchos estériles sacrificios, á cambio en su día de cruelísimos desengaños.

En todos los asuntos de la vida no hay cosa peor ni más cara que lo que es inservible para el destino que se le asigna: ¡es una manera trabajosa de tirar al aire esfuerzos, tiempo y dinero!

Pero cuando se trata del ejército, que es además lo más caro, y que no funciona sino abriéndose las venas para regar el suelo que debiera ser de sus hazañas y sus glorias, con su sangre, no sólo se pierde dinero, tiempo y hombres, sino que puede perderse el territorio nacional, que nos sugiere la idea idolatrada de la Patria, y puede perderse el honor, sin el cual no nos atreveríamos á pisarla....!

Y como nadie pensará que al estratega le basta que le den muchedumbres uniformadas, masas inep-

tas ó indisciplinadas, fuerzas inermes, Jefes indoc-
tos, Oficiales desmayados, soldados sin espíritu ni
entusiasmo, ó cosas de tan menguado fuste, para
llevarlo todo nada menos que á la victoria, falto,
acaso, de todo otro género de recursos; nada menos
que á la gloria, rodeado de vergüenza, ¡me lison-
jeo de que no se calificará también de Perogrullada
el epígrafe actual, cuando afirma que la Estrate-
gia ha de manejar fuerzas organizadas!

En materias tan graves, no caben vacilaciones
ni pueden economizarse los sacrificios: casi se siente
uno inclinado á decir que vale más no tener fuerza
armada que tenerla en tanto abandono, que sólo
sea apta para borrar antiguas grandezas con in-
evitables contratiempos.

Pero las cosas han de tomarse como son. Y si
contrariedades inexcusables, dolorosas desgracias,
revoluciones inesperadas, empobrecimientos acaso
inmerecidos, la pendiente de bajada que necesari-
amente han de recorrer cuantos han sido grandes
y han asombrado con sus proezas, ú otras causas de
índole política, hicieran imposibles ciertos perfec-
cionamientos y fuera forzoso contentarse con menos
de lo que ambiciona el deseo, á ello habría necesi-
dad de acomodarse, sin rendirse á la cobardía ó á
la desesperación, cuando es siempre hacedero el cu-
brirse de gloria en las caídas, sabiéndolas afrontar
con entereza y sucumbiendo con heroísmo.

Lo que no podrá pedirse ya al estratega es que
prepare ruidosas victorias, sino que evite derrotas
vergonzosas.

Entre los dos extremos que hacen pensar ó en la
gloria del vencedor ó en el sacrificio por la honra,
hay mucho campo que recorrer y á todos ellos ha
de amoldarse la Estrategia, adaptando á cada caso
el estilo especial de sus concepciones.

Con ejércitos numerosos, disciplinados, instruí-

dos, entusiastas, armados á la perfección, dotados de todo género de recursos, bien dirigidos y gobernados por Jefes inteligentes y patriotas, orgullosos de su historia y acostumbrados á vencer, no puede pensarse más que en determinaciones arriesgadas y rapidísimas para lograr el más alto fin de la guerra, que es hacerla de escasísima duración; pero á medida que vayan faltando esas condiciones, será preciso acomodar los riesgos de la iniciativa á la entidad de los resultados que se esperen, ó renunciar á la iniciativa arriesgada, contentándose con la que proporcionen las ocasiones, ó ponerse á la defensiva con el propósito de ofender en circunstancias favorables, ó mantenerse en ella buscando en la duración prolongada el abatimiento del enemigo, ó preparar, en fin, un combate en que la guerra se termine con honor de las armas.

Se ve, pues, cómo la Estrategia ha de amoldarse á la organización de las fuerzas que maneje; pero trae á muchos verdaderamente preocupados la idea de distinguir dos clases de guerra, á saber: la gran guerra, como ellos dicen, y la guerra pequeña, y sobre esto quiero decir algunas palabras.

Para definir la gran guerra piensan unos en la naturaleza de los objetivos; otros en la extensión del campo de operaciones; otros en lo cruento de las batallas ó en la magnitud de los ejércitos, y dejan, para llamarla pequeña, aquella que se hace con escasas fuerzas de organización deficiente, por medio de columnas volantes ó de guerrillas. En suma: la primera es de ejércitos organizados á la moderna, y la segunda de fuerzas improvisadas ó de pequeña consistencia: la primera se presta á grandes combinaciones y movimientos, y la segunda no: aquélla es la guerra de las batallas, y ésta la de las escaramuzas: la una, en fin, es la guerra de la Estrategia, y la otra la de las stratagemas.

Si de esas distinciones y, sobre todo, de la aplicación de esos nombres se obtuviera alguna ventaja, yo llamaría sólo grande á la que permite rápidos y eficaces movimientos estratégicos, conducentes á terminarla en el menor tiempo posible.

Porque la guerra tiene un objetivo superior á todos los objetivos, que es *el de acabarla*.

Supuesta su necesidad, porque sin ella sería inícuca, ha de pensarse que no va groseramente á imponer por la fuerza la conculcación del derecho, sino á restablecerlo; no va á establecer la arbitrariedad, sino la justicia: no juega con los recursos de las Naciones y con las vidas de los hombres para dar alimento con ello á una máquina de destrucción, como echaban en los circos á las fieras carne humana, sino que acepta el doloroso encargo de dirimir litigios, que no hallan, desdichadamente, solución adecuada por otros caminos: no es, en verdad, lo justo; pero es la última razón á que apela el que cree tenerla: podrá ser un gran mal, pero que como necesario se impone.

Y puesto que llega á ser la única solución, hay que ir á ella con aquella entereza, decisión y energía que más se compadecen con los sentimientos humanitarios, los cuales piden que á todo trance se termine, y para ello se llega hasta á desear, como lo mejor, las batallas más sangrientas, si añaden la condición de ser decisivas.

El número de bajas que producen las que por lo cruentas toman el aspecto de verdaderas hecatombes, es mezquino, si se le compara con la suma total á que ascienden las de los pequeños combates en las campañas de larga duración.

Esa es la guerra propiamente dicha; pero hay otra totalmente distinta, cuyo carácter es precisamente el contrario, puesto que cifra sus esperanzas

en la prolongación de la lucha, abatiendo al contrario por el cansancio y por el agotamiento de sus recursos; esta es la guerra por la integridad de la Patria y por la independencia, que obliga á todo género de sacrificios y de perseverancias antes que rendirse, y á ésta pudiera llamásele de guerrillas, de montañas, defensiva ó contraofensiva, cosa que examinaré más tarde.

Para la una y para la otra, no sólo en los casos afortunados, sino en los adversos, antes y después del choque, ha de tener recursos la Estrategia; pero variables con las circunstancias y particularmente con la organización de las fuerzas.

Tal es ahora la magnitud de los ejércitos que se manejan, tal la dificultad de las operaciones, tantos los elementos que entran en juego, tanta la importancia de las armas y las dificultades que llevan consigo la impedimenta y el municionamiento, que sin organizaciones perfeccionadísimas no es dable esperar que todo llegue y se concentre y actúe oportunamente en el campo de batalla. Y basta que sean inferiores las armas, ó que falten las municiones, que es como quedarse desarmados, ó que no se llegue al choque con el descanso necesario, ó que falten fuerzas á la cita del combate, ó que, en suma, se aviste al enemigo con inferioridad bajo cualquiera de los aspectos, para que, á igualdad de las demás condiciones, pueda darse por perdida la función de guerra antes de dispararse el primer tiro.

Ahora bien; si cuando las organizaciones son tales que inspiran completa confianza, todavía los accidentes y contratiempos inevitables de la guerra pueden hacer fracasar las más hermosas combinaciones, ¡cuántos no serán los riesgos cuando las organizaciones son defectuosas!

No pretendo yo que cuando esto último acontezca

haya de desmayar el estratega, y por eso no digo que necesita las mejores organizaciones, sino que maneje, al menos, fuerzas organizadas.

VI

La Estrategia es esencialmente ofensiva.

Habiendo dicho que la Estrategia puede y debe atender á todos los casos de la guerra, de cualquier género que sean, nadie podrá caer en el error de pensar que el epígrafe actual significa que sin ofensiva no hay Estrategia. Interesa, sin embargo, aclarar más el concepto.

En todos los tiempos, y muy especialmente en los actuales, se ha discutido y seguirá discutiéndose el valor relativo de la ofensiva y defensiva. Para los unos ha tenido siempre la defensiva el valor de acrecentar la fuerza, poniéndose al igual de otras muy superiores en número de combatientes, y creen, además, que algún día, con el perfeccionamiento de las armas, llegarán á ser los defensores inexpugnables. Creen otros, por el contrario, que la ofensiva es el germen de la victoria, y que el que sólo se defiende, inevitablemente sucumbe.

Las ventajas que atribuyen á la defensiva consisten principalmente en que los defensores no se agitan ni se cansan, en que es más fácil municionarlos, en que manejan con más tranquilidad y con más eficacia las armas, en que sufren menos bajas porque la fortificación pasajera ó permanente los pone casi á cubierto de los proyectiles, y porque hacen más daño cuanto más se aproxime el enemigo; en tanto que el ofensor se cansa en la carrera ó en las pendientes que ha de subir, no dispone en el ataque más que de pocos proyectiles,

maneja con dificultad las armas en el movimiento ó no las utiliza hasta el choque cuerpo á cuerpo, sufren muchas bajas que desaniman en la zona eficaz de las armas, que es hoy muy extensa, y llegan al choque agotadas las fuerzas por el cansancio.

Esto persuade, desde luego, de que las fuerzas del que ataca han de ser muy superiores á las del que defiende, á igualdad de las armas y de las demás condiciones, lo cual acrecienta las de éstos en la cantidad representada por la diferencia.

Pero no es eso sólo; porque es bien difícil que las causas exteriores y los accidentes de la guerra influyan de una manera sensible en los defensores, en tanto que el calor excesivo que sofoca, el polvo que asfixia, la lluvia que pone resbaladizo el terreno hasta hacer imposible el sostenerse sobre ciertas pendientes, la nieve que cubre las sinuosidades del campo y otras causas, dificultan tanto la ofensiva y desequilibran tanto en su daño la relación con la defensiva, que llega alguna vez hasta á ser irrealizable.

No se puede negar el valor que tienen estos razonamientos; pero sí se puede negar el que con esas ideas sea posible la guerra. Si tales son las ventajas de la defensiva, que habrán necesariamente de acrecentarse con el perfeccionamiento de las armas, de suerte que haya de tenerse la ofensiva por locura, la más vulgar ciencia, no digo de la guerra, sino de la gramática parda, y pase la frase, persuadirá á cada uno de los combatientes de que debe rehuir el ataque, ¡y quedarán mirándose cara á cara, pero sin combatir jamás!

Seguramente hay más que esto; mucho más.

Y es que se prescinde nada menos que del espíritu del soldado; pero si se tiene en cuenta que las armas llevadas al mayor perfeccionamiento no val-

drán jamás lo que el hombre que las maneja; que no tienen tanto poder los proyectiles como el alma que anima á los combatientes; que lleva mucho adelantado para que lo derroten el que piensa que puede serlo, mientras que no puede ser vencido el que ha proyectado el sacrificio de su vida antes que volver las espaldas y resuelve morir dando la cara; que las iniciativas arriesgadas, en fin, valen más que muchos batallones; se explicará fácilmente el ardimiento del ofensor, que se acrecienta con la proximidad del choque personal, y el desaliento del defensor que ve y palpa que sus esfuerzos no bastan á contener el ataque, á pesar de las ventajas que la posición le proporciona, reconociéndose por esto sólo inferior; y ya no parecerá tan extraño el que en todos los tiempos y con todas las armas se hayan asaltado posiciones, y se verá confirmado que hoy, como ayer, sólo por excepción deja de ser la victoria del que combate atacando.

Todavía hay que decir, respecto de los hombres, que el valor no es una palabra vana. Es cierto que una bala disparada por un cobarde puede matar á un valiente; cierto que los héroes sucumben ante las organizaciones más perfeccionadas, ante la mejor dirección y ante toda otra superioridad; cierto aún que la disciplina y la obediencia valen por muchas virtudes; certísimo, en fin, que el cumplimiento del deber las cobija á todas y que con ello basta para convertir muchedumbres de tímidos en ejércitos indomables y victoriosos; pero siempre será mejor que el deber cumplido á la fuerza el deber cumplido por convencimiento, y mejor que éste el cumplido por entusiasmo, y mejor que todos el que se solicita por patriotismo, teniendo á orgullo el dar la vida, que se llega á menospreciar, por la causa que se defiende, y, sobre todo, por la Patria. ¡Y esto es el valor!

Hay más todavía: porque así como es un error el dar más importancia á las armas que á los hombres, es otro, y no pequeño, el de dar á las posiciones un valor excesivo. ¡Ninguna vale lo que el ejército! Todas caen, con sus fortificaciones y todo, cuando el ejército que ha de defenderlas cae deshecho en las batallas, y todas se recuperan por él si no ha sido derrotado y conserva la fuerza, la disciplina y la moral, y con ellas logra vencer á su enemigo, *el otro ejército*, en el campo de las luchas. La fortaleza mayor de un ejército es *él mismo*, bien aseguradas sus comunicaciones, bien unido á su base, bien abastecido de todo y dispuesto á maniobrar como convenga con rapidez y energía. El que no puede maniobrar en esas condiciones no puede combatir. El que se aferra á las posiciones, ó tiene que salir de ellas con desventaja para buscar como recurso el combate, ó puede ser envuelto y más fácilmente vencido. En suma: nunca se persuadirá uno lo bastante de que no hay posiciones, ni llave de ellas, ni punto decisivo, ni objetivo mejor para cada ejército, que el ejército contrario, y para batirlo, siempre tendrá un valor inestimable é indiscutible la iniciativa arriesgada, la ofensiva vigorosa.

Aún en las sorpresas, que tanto alientan al que sorprende y tanto desmoralizan al sorprendido, el contragolpe audaz de una fracción de la fuerza, basta para restablecer el equilibrio, porque al encontrarse aquéllos con lo que no esperaban, creen ser ellos los sorprendidos y caídos en un lazo.

Las anteriores indicaciones sirven lo mismo para la Táctica que para la Estrategia; quiero decir, que sirven lo mismo para los asaltos y maniobras del campo de batalla, bajo la acción de las armas, que para las operaciones ó movimientos que se realizan para llegar á él en todo el teatro de la guerra; por-

que ya se ha visto cómo el paso de los ríos ó de las divisorias obliga al fraccionamiento, y cómo el consiguiente malestar estratégico puede convertirse en malestar táctico, y no es dudoso tampoco que todas las causas que perturban la relación ofensivo-defensiva intervienen en igual sentido cuando de las combinaciones estratégicas se trata; pero conviene fijar aún más algunas ideas.

Las campañas se deciden en las batallas. Todo cuanto hace la Estrategia es para llegar á ellas á punto y de manera que se tenga superioridad al abrirse el combate y pueda confiarse en la victoria. Las más sabias y geniales combinaciones resultan estériles, si los accidentes de la lucha, ineptitudes tácticas ó contratiempos inesperados, dan al adversario la gloria del vencimiento; así como las más insignes torpezas se borran, si la bizarría de las tropas ó la inspiración de los Jefes se alzan con el triunfo. Y si para esos casos, en que no debe abandonar la prudencia, es siempre recomendable la ofensiva, con la misma razón, por lo menos, debe recomendarse para aquellas operaciones que sirven de preparación, que tienen momentos de menos riesgo, pero de mucha mayor eficacia, porque llevan en su mano el momento de abrir la campaña, ó el de impedir concentraciones, ó el de llevar la guerra al punto que más convenga, ó el de perturbar, en fin, los planes concebidos, obligando á parar los golpes, que es mucho mejor que estar al quite de los que amenacen.

Puede la Estrategia ser defensiva y lograr con ella no menores lauros que con la ofensiva, concibiendo, por ejemplo, las operaciones necesarias para que un ejército retroceda para rehacerse, ó porque no haya podido aceptar la batalla, á fin de apoyarse sobre una segunda línea y reforzarse con ejércitos que no hubieran terminado la moviliza-

ción ó que no hubieran podido concurrir al campo del choque, eligiendo puntos de concentración desde los cuales pueda moverse con libertad y caer con rapidez y superioridad de fuerza sobre el enemigo que cometa el más leve desacierto, ó que por cualquier concepto se debilite; pero nótese que le doy la mayor importancia á esa última condición de poder operar ofensivamente.

La defensiva absoluta conduce irremisiblemente á perecer. La mejor defensa siempre es el ataque. Aun con menores fuerzas se deben espiar las faltas ó debilidades del enemigo, para hacérselas pagar caras con iniciativas vigorosas y con arrestos inesperados.

Tan recomendable es la ofensiva y tan inconcebible en materia de guerra la defensiva absoluta, que debiera sustituirse este nombre con el de contraofensiva; siendo de notar que todavía se comprende menos la defensiva absoluta en la Estrategia que en la Táctica. En la primera de éstas no pueden aceptarse resueltamente más que las denominaciones de ofensiva y contraofensiva, porque la idea de defensiva absoluta pugna con la de movimiento, que es su carácter distintivo.

He aquí por qué, sin negar que pueda tener y mantener muy brillante el carácter defensivo, me arriesgaba á decir que la Estrategia es esencialmente ofensiva. Ésta podrá continuar en el campo de batalla y serlo también táctica, ó cambiarse en él, y se tendrá, de acuerdo con lo que precede, la combinación de la ofensiva estratégica con la contraofensiva táctica.

VII

Cómo se particulariza la Estrategia.—Sus leyes.

Los apartados anteriores, que he considerado como preliminares, me han servido para afirmar buena copia de ideas militares que nunca arraigarán de sobra en los cerebros de los hombres de guerra.

Y si se han estudiado con detenimiento, no será ya posible haber llegado á este punto sin haberse formado un concepto nada estrecho del de la Estrategia; pero precisamente porque puede ser así, demasiado amplio, es forzoso particularizarlo, distinguirlo y ver cómo se concreta, y si es susceptible de resumirse en leyes generales de fácil aplicación, así como la manera de llevarlas á la práctica, discutiendo las dificultades que puedan presentar en ella y las interpretaciones á que se presten.

Esto último ha dado margen á las más enconadas controversias y á las opiniones más encontradas, y no llevan camino de concertarse. Unos insisten, como más arriba he apuntado, en que la Estrategia es puramente racional y que todo estriba en proporcionar á sus creaciones debida realización, siendo de ésta y no de aquélla las culpas y los contratiempos; y otros, dándole más ó menos valor á su aspecto racional, la hacen responsable de todo, y en vista de que no conduce inevitablemente á la victoria, la menosprecian, la declaran inútil, ya que no perturbadora y perjudicial, y se encierran en la afirmación de que la guerra sólo se aprende en la guerra, que el choque es, en último extremo, lo que decide, y que todo lo que no sea *hacer* y principalmente *combatir*, es perder el tiempo

en concebir operaciones que sólo se realizan cuando se puede y como se puede, al contacto de las dificultades que imposibilitan muchas veces y sirven de entorpecimiento siempre.

Ya lo he dicho, y aun repetido, que las más insignes torpezas se lavan con un hecho de armas afortunado, y que las más admirables combinaciones pueden sucumbir en el campo de batalla; pero dar tal valor á lo inesperado y excepcional, que haya de renegarse de lo prudente y racional, negando que sea mejor, á igualdad de las demás condiciones, el conducirse cuerdamente que el no intentarlo siquiera, es, no ya insigne ligereza, sino manifiesta insensatez.

Si de algo ha servido cuanto dejo expuesto, no podrá menos de haber consolidado la idea de que la Estrategia tiene, ni más ni menos que la Mecánica, una parte racional que da los principios, ó mejor aún, para la comparación, las consecuencias racionales á que esos principios conducen; y otra aplicada, en la que se determinan los coeficientes prácticos que las circunstancias exteriores obligan á introducir en los cálculos para que pueda confiarse en la estabilidad.

Distíngase, pues, en la Estrategia la parte teórica, en la que todo es pensamiento, de la aplicada en la que habrá de chocar necesariamente con dificultades, no sólo materiales, sino de índole moral, y déjese á cada una moverse dentro de la esfera de acción que le es propia, sin renegar de la una porque no haya sabido desenvolverse la otra.

Y desde que se reconozca que es estudio de aplicación y experimental, no podrá menos de construirse como todas las ciencias y conocimientos que llevan ese carácter.

Empiezan estos últimos por estudiar con perseverancia los fenómenos, los hechos; reúnen después

los resultados y tratan de resumirlos en preceptos que no pasan de la categoría de hipótesis, pero que son el alma de la investigación científica; comprueban más tarde si sufren excepción en la práctica; y si constantemente se realizan, pasan á la categoría de leyes.

En Astronomía se empezó por reunir numerosísimas experiencias sobre puntos determinados del mundo planetario, que cada uno resumía y concertaba á su modo, para llegar á hipótesis racionales comprensivas de todos ellos, hasta que tuvo Kepler la fortuna de reducirlas á tres que ya se consideran leyes, llevando su nombre.

Así es que los complicados movimientos planetarios con relación á la tierra, se reducen, referidos al sol, á las tres leyes sencillísimas que siguen, y perdóneseme la digresión en gracia á la claridad que creo ha de resultar para lo que trato de exponer:

1.^a Las órbitas de los planetas son elipses, uno de cuyos focos ocupa el sol.

2.^a Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas alrededor del sol, son proporcionales á los cubos de los grandes ejes de sus órbitas.

Y 3.^a Que en esos movimientos, los radios vectores que parten del centro del sol describen áreas proporcionales á los tiempos.

Como si esto no bastara aún por su sencillez, todavía Newton dedujo de ellas otras tres que resumió en una, y redujo la teoría de la gravitación universal á un concepto que expresaba diciendo: «que las cosas pasaban como si los cuerpos se atrajeran en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias».

Finalmente, no ya la gravitación, sino todos los fenómenos del mundo físico, demuestra el Padre

Sechi, en su *Unidad de las fuerzas físicas*, que se reducen al sencillo concepto de que todo es movimiento, de una ú otra especie, de la materia en uno ú otro estado; y aun cuando no es gran cosa decir que todo es movimiento de la materia ó materia en movimiento para el conocimiento de los fenómenos, no puede negarse el valor de esa gran síntesis que sirve á todos ellos de atadura común.

Volviendo ahora á la Estrategia, veremos que ha pasado y debido pasar en ella una evolución semejante.

Se estudiaron primero las funciones de guerra; se trató después de averiguar las causas que produjeron tales ó cuales victorias ó derrotas; se formularon luego reglas ó preceptos que sirvieran de norma para casos semejantes y que fueran susceptibles de fácil aplicación; todos ellos, que pudieran citarse en obras de otro carácter y que no pueden aquí tener cabida, se confrontaron para llegar á conocer su grado de generalización; y aislando aquellos que resultan aplicables á todos los casos, se llegó á establecer las tres leyes, igualmente sencillísimas, siguientes, que se confirman más cada día:

1.^a Concentrar el mayor número de fuerzas posible en el momento del combate.

2.^a Operar sobre líneas interiores.

Y 3.^a Operar sobre las comunicaciones del contrario conservando las propias.

Todavía el Newton de la guerra, el gran Napoleón, á quien no se puede menos de nombrar en asuntos militares, cualesquiera que sean y por resueltos que sean los propósitos de no hacer citas de hechos, ni de textos ni de autores, porque llena ese mundo por completo, creyó que también bastaba una sola ley que resumiera todas las demás y llegó á expresarla de este modo: «el arte de la

guerra consiste en concentrarse para combatir y diseminarse para vivir».

No sé yo si pensaría él mismo ahora que era aplicable aún la segunda parte, entonces intachable, porque supone la necesidad, y aun la posibilidad de vivir sobre el país que se ocupa, y eso en la guerra moderna se hace imposible. La magnitud de los ejércitos que se reúnen ahora en el campo de batalla y las dificultades que imponen las nuevas armas para el municionamiento de las fuerzas, hacen necesario que el invasor viva de los recursos que su propio país le proporcione, tanto de boca como de guerra, y para la facilidad de esos abastecimientos no puede pensarse que sea razonable la diseminación. Más tarde veremos, no obstante, que es forzoso diseminarse para operar, que es *vivir* en la guerra.

Cuanto á la primera parte de su ley, tiene y tendrá siempre un valor incontestable, porque, como más detenidamente se verá más adelante, en ella están comprendidas las tres leyes antes enunciadas, que constituyen hoy la teoría de la Estrategia.

Veremos, en efecto, cómo la segunda ley, cuyo enunciado es: «operar sobre líneas interiores», no se funda en otra cosa que en hacer posibles las concentraciones, y más bien que posibles seguras, sin que pueda evitarlo el enemigo con sus iniciativas, y ya se ve que ese concepto está contenido implícitamente en la primera, que recomienda la mayor concentración de fuerzas posible en el momento del combate.

Más difícil es darse cuenta de que la tercera está asimismo envuelta en la ley única; pero si se tiene en cuenta que el «operar sobre las comunicaciones del contrario» es *un modo* de obrar, y que el «conservar las propias» es una necesidad que impone el mero instinto, de suerte que el que opere con

arreglo á las dos primeras, que en realidad son una, estará á cubierto de todo golpe decisivo, se empezará á pensar que realmente puede bastar aquel solo precepto. Y si además se añade que ese *modo de obrar* es el que puede hacer más brillante y más inevitable la victoria, porque puede rendir al ejército enemigo y terminar la campaña, de suerte que completa del modo más eficaz y decisivo lo que va siempre en la mente de la concentración, no habrá ya repugnancia seria á aceptar que también la tercera ley enunciada está comprendida en la ley única. Pero sea de esto lo que quiera, habrá que convenir en que, ó será imposible buscar una fórmula que reuna las tres, ó ha acertado con ella en esa gran síntesis ese gran genio de la guerra.

De todas suertes, así como antes decía que el «movimiento de la materia» era poco decir para el estudio de los fenómenos, siendo forzoso descender á otras leyes secundarias particulares que los explicaran, digo ahora que siempre sería forzoso descomponer la ley única en las tres citadas con anterioridad, para el conocimiento de la teoría en los fenómenos de la Estrategia.

No vaya á creerse ahora que, conocidas esas leyes y explicadas someramente, al extremo de contentarse con decir qué se entiende por concentraciones, por líneas interiores y por comunicaciones ajenas ó propias, se tiene lo bastante para manejar los ejércitos y llevarlos á la victoria, por ser cosa sencillísima su aplicación. El comentarlas, discutir las y entenderlas es faena laboriosa; el no dejarse arrastrar por interpretaciones apasionadas, cosa propia de entendimientos superiores; y el ponerse en contacto con la realidad cuando haya de obrarse, discerniendo con acierto entre el tráfago de circunstancias y de accidentes que intervienen

cooperando ó entorpeciendo, cosa es que reclama excepcionales condiciones.

En ese examen entraré ahora, dedicando á cada una de las tres leyes un apartado especial, no sólo con el propósito de esclarecer esos conceptos parciales, sino para que pueda apreciarse la necesidad de distinguir, como antes decía, lo que es puramente racional y corresponde á la teoría, de lo que es accidental y particularísimo, que corresponde á la aplicación.

VIII

Primera ley estratégica.

Concentrar el mayor número de fuerzas posible en el momento del combate; ó, como otros dicen, «sobre el punto decisivo, ya sea del teatro de la guerra ó del campo de batalla.» Esta modificación sería recomendable si no fuera menos fácil formarse idea de esos puntos decisivos, cuya determinación es muy delicada y poco precisa, que del campo en que se supone, se desea, ó es forzoso aceptar un combate.

Lo primero que se ocurre al examinar esta ley es que es ocioso cuanto de ella se diga, porque presenta los caracteres de las evidencias. Pase que se diga algo de la manera de realizar las concentraciones con rapidez y seguridad, cosa que no corresponde propiamente á la Estrategia; pero ¿quién podrá negar que será siempre conveniente el presentarse con la mayor fuerza posible delante del enemigo? ¿Quién podrá dudar de que, resolviéndose las campañas con las batallas, lo mejor será presentarse en ellas con *superioridad*, sea del género que se quiera, y como una de tantas la del número?

Así es en verdad; y por eso y teniendo eso en la mente, es por lo que logra ser verdadera síntesis la ley única que acabamos de examinar, puesto que si esa superioridad decide en las batallas y con los triunfos de los combates se terminan las guerras y se ganan las campañas, todo lo demás es menos.

Pero no es, sin embargo, la cosa tan llana; quiero decir, que no se admite ese principio con la espontaneidad que pudiera suponerse, aunque á mí me parece llanísima.

Ya he indicado arriba una modificación que quieren algunos introducir en el enunciado y pudiera añadir otras muchas; pero ya que he empleado, y no á tontas ni á locas, la palabra *superioridad*, quiero dar á conocer esta modificación que proponen algunos, ó mejor dicho substitución, á saber: «Operar de manera que se tenga superioridad en el punto decisivo» Y no sé por qué se añade eso de «en el punto decisivo» y no se reduce la frase á esta tan sencilla: «Operar de manera que se tenga superioridad,» y ya se entiende que ha de ser sobre el adversario; porque con esa condición todo es decisivo en todas partes, sin empeñarse en que lo sea tan sólo en algunos puntos determinados.

Ya se ve que cosa que parece tan baladí como discutir las palabras *combate* y *fuerzas*, para substituir la una por *los puntos decisivos* y la otra por *superioridad* ó algo que dé idea más compleja que la de masa, ha dado margen á discusiones que no han acabado aún ni van de talle de acabar nunca; pero sobre la segunda es forzoso entrar todavía en mayores detalles.

A la idea de masa que aparece incompleta, proponen unos que la substituya la de fuerza, otros la de cantidad de movimiento y otros la de superioridad, de cualquier género que sea, como así resulte

de la ponderación de cuantos elementos puedan intervenir para determinarla.

De todas éstas, la mejor, sin duda alguna, es la última, la de superioridad; pero ya lo he dicho, en fuerza de querer decir mucho no dice nada.

Aconsejar que se tenga superioridad, vale tanto como decir que se debe vencer, y la expresión «operar de manera que se venza,» parecería á todos receta infantil. Se vence cuando se puede, y se tiene asimismo superioridad cuando se puede; pero no es esa la idea de la concentración, porque si se pensara que su objeto es siempre ser superior al enemigo, habría que decirle también que lo sería cuando pudiera. En la guerra se pueden hacer algunas cosas á voluntad y otras hay que aceptarlas como se presenten; y la idea primordial de la concentración consiste en no ser inferior á lo que se debe ser; porque diseminar las fuerzas, sean del género que se quiera, pero singularmente las representadas por la masa, operando fraccionado y exponiendo las fracciones á que sean destruídas aislada y sucesivamente, es debilitarse torpe é innecesariamente; en tanto que el concentrarse es utilizar aquella fuerza de que se dispone de la mejor manera posible, es aumentar la fortaleza, cambiándose las tornas de modo que sea posible maniobrar sobre porciones del enemigo. Si de esa suerte se es superior en el encuentro, no puede ambicionarse más; pero si no es así y no se puede rehuir el combate, dando largas en espera de refuerzos ó de circunstancias favorables, maniobrando con el objeto de cambiar el campo de batalla por otro más ventajoso, ó, en fin, si es necesario combatir, se habrá hecho lo mejor, porque, pocas ó muchas, las que son y que no se acrecientan á medida del deseo, las fuerzas de que se dispone, se tendrán reunidas y en la mano, que es sacar de ellas el mejor partido posible.

Es para mí indudable que eso mismo quiérese decir con la palabra superioridad, porque, si no es eso, en fuerza de querer decir mucho, repito que no dice nada. Hay, sin embargo, envuelta ahí una idea que no puede menospreciarse y que impide tomarlo á broma porque es verdaderamente seria, y es la de que es incompleta la idea de masa y que debe completarse con otros conceptos; pero eso mismo dicen y lo expresan con más claridad los que sustentan las opiniones que voy ahora á examinar.

Tal sucede con los que quieren representar la fuerza de un ejército por la cantidad de movimiento, ó sea por el producto de la masa por la velocidad, los cuales es indudable que, diciendo en apariencia mucho menos, dicen en el fondo mucho más, porque resueltamente dicen que hay que tener en cuenta algo distinto de la masa. Y teniendo en cuenta que la idea de velocidad envuelve las de espacio y tiempo, haciendo esfuerzos por meter en el concepto de espacio el terreno y circunstancias que en él concurran, y en el de tiempo el de rapidez, vigor ó cosas parecidas, se podría dar por suficientemente exacto lo de la cantidad de movimiento; mas estos ejemplos ó comparaciones sobre la base de verdades matemáticas, tienen mucho de gráfico y de sugestivo para la claridad, porque puede decirse que tienen el privilegio de delinear con lo borroso y de esclarecer con lo inexacto; pero no merecen el más mínimo aprecio, porque se salen por completo fuera de su esfera de actividad. Bien está eso de que la masa se calcule; pero ¿qué quiere decir lo de la velocidad? ¿cómo se mide? Aun descompuesta, ¿qué espacios ó tiempos mensurables pueden introducirse en la fórmula? Ni aun para tomada como símbolo, según acabo de suponer, sirve; y los que se esfuerzan por darle

interpretaciones, sólo conseguirán caer en error.

Vale más decir resueltamente, sin fórmulas ni símbolos, que no basta la masa para representar la fuerza de un ejército y que se necesita otro factor ó sumando que exprese las condiciones de esa masa que le dan ó le quitan valor, sean materiales ó morales: y si se dijera, en substitución del producto de la masa por la velocidad, que era producto ó suma de la cantidad y de la calidad, se entendería mejor y sería más exacto.

Todavía los que prefieren la palabra fuerza, para representar la de un ejército, á la expresión de cantidad de movimiento, expresan de una manera más sencilla, y acaso más clara, los mismos conceptos, porque, en suma, creen que en la palabra fuerza hay algo más que masa y que ese *algo* puede representar aquel cúmulo de condiciones materiales y morales que definen *la calidad*.

Y en esto, que es verdaderamente el fondo de la cosa, tienen unos y otros completa razón, aunque no por eso deba tenerse por mal enunciada la ley que se discute.

En efecto: que la masa, ó sea la cantidad, es cosa importantísima, nadie puede desconocerlo; pero que ella sola baste, *sin la calidad*, para representar la fuerza de un ejército, no puede sostenerse. ¡Como que se encuentran á montones los ejemplos de fuerzas inferiores en número que derrotan á otras superiores!

Cada soldado es distinto en los diversos países, y unos son mejores que otros, ó por circunstancias constitucionales, ó por el espíritu de que están animados, ó por su instrucción, ó por el armamento que manejan y el conocimiento que de él tengan, ó por otras mil causas.

Ahora bien, los ejércitos que se formen con esos mejores soldados no pueden ser inferiores á los que

se formen con los peores: tienen que ser también superiores y esa superioridad compensará muchas otras desventajas y entre ellas la del número.

Aún, si se pudieran imaginar dos ejércitos absolutamente iguales en cantidad y calidad al iniciarse la guerra, bastaría que uno de ellos estuviera bajo la impresión de un desastre y desconfiara de su suerte, y el otro tuviera certeza de la victoria engraido por los triunfos anteriores, para producir un gran desequilibrio que inclinaría necesariamente la balanza en favor del segundo. Pudiera el choque decir cosa distinta, porque todavía podrían los mejores cometer desaciertos que recibieran su merecido; mas no por eso hubieran dejado de abrir el combate con superioridad.

Pero, en suma, la casi totalidad de esas condiciones que se refieren á la calidad ¿pueden ser manejadas por el estratega? ¿No las habrá de tomar como sean?

Todas ellas deberá, es cierto, tomarlas en consideración, porque rompen la relación de las masas, de tal suerte que no estimará que necesita la misma para vencer á un ejército brillantísimo que á otro desmedrado y maltrecho, aunque cuenten los dos el mismo número de combatientes. Para el segundo podrá arriesgarse con fuerzas inferiores y para el primero deberá procurar lo contrario; pero, aparte esto, que, repito, ha de tenerse en cuenta para el cálculo de las masas, lo que el estratega realmente maneja es eso, las masas, y no sé por qué en Estrategia ha de extrañarse que de masas se hable, sin perjuicio de darles el valor que les corresponde y de reconocer que para el cálculo de la cantidad es forzoso estimar con la posible exactitud el valor de la calidad.

Y todo esto, que tan fácilmente se dice, es un semillero de dificultades para el estratega, al cual se

exige que perfeccione el conocimiento con todo género de datos, que medite y que adivine para dejar el menor huelgo posible al azar, y, por último, que persiga la ejecución de los planes, una vez adoptados, con decisión y arrogancia, sin rendirse á contratiempos que no tengan verdadera importancia; pero sin que por eso pierdan aquella flexibilidad indispensable que les permita acomodarse á esas variaciones cuando son precisas, cosa muy frecuente en la guerra, sobre todo después del choque, é improvisando otros nuevos cuando la necesidad los reclame.

Y para que se vea cómo cambia en la guerra el aspecto de las cosas, baste decir que uno de los principios que tienen carácter de axiomas es el de considerar como superioridad incontestable la de poder maniobrar concentrado sobre fracciones del enemigo, y que será tanto mayor cuanto más grande sea el núcleo y menores las porciones del adversario. Pues bien, eso deja de ser cierto cuando el fraccionamiento llega á convertir la guerra en de guerrillas, contra las cuales no tienen valor las grandes concentraciones. Cambia el carácter de la guerra y cambia el valor de los principios.

Pero, de todas suertes, ahora hablamos de la guerra propiamente dicha, que otros llaman gran guerra, y en ella el valor de concentrarse para combatir es innegable é indiscutible.

Ese será *siempre* el precepto estratégico de más alta importancia, porque, ya lo he dicho, por lo menos se obra con la mayor fortaleza posible, sin debilitarse innecesariamente con el fraccionamiento, y no se puede pedir más que llevar á la pelea todo cuanto se tiene. Y si sobra, se cae en este otro aforismo militar no menos recomendable: «Nunca se es demasiado fuerte sobre el punto decisivo.» ¡Bien entendido que toda exageración es mala!

IX

Segunda ley estratégica.

«Operar sobre líneas interiores.»

Acaso es ésta la que reclama mayores explicaciones, por lo mucho que se ha discutido y discute sobre ella y por la dificultad de elegir la verdadera interpretación que deba darse al concepto de líneas interiores.

Se empieza por discutir si ha de ser ésta ó la tercera la que ocupe el segundo lugar, siendo, acaso, más los que se deciden por lo último. Entienden éstos que el maniobrar sobre las comunicaciones se liga más al primer principio que el de operar sobre unas ú otras líneas.

Ya he adelantado la idea de que, en mi sentir, no sólo sucede lo contrario, sino que realmente el tercero tiende á hacer más eficaces los resultados obtenidos con la aplicación de los otros dos, en tanto que el segundo tiende á facilitar y asegurar la concentración, dado el concepto que de las líneas interiores me parece más atinado y que á continuación expondré.

Se insiste mucho en asignar á las líneas, para llamarlas interiores, una posición central; y tengo por cierto que no se distingue debidamente lo que concierne á la posición y lo que atañe á las líneas de operaciones, á las cuales puede llegar á serles indiferente la condición de centrales ó laterales, si conservan la de ser interiores en el sentido que luego diré.

Que el operar sobre líneas que ocupen una posición central es casi siempre ventajoso ó por lo menos conveniente, salta á la vista.

Está plagada de ejemplos la historia militar que atestiguan el partido que han sabido sacar de ellas los Grandes Capitanes, con tanta más razón cuanto que implícitamente se supone realizada la concentración; pero casi siempre se añade el supuesto de poder operar sobre el enemigo fraccionado, lo cual es arreglar las cosas á medida de lo que se desea, porque ese es un caso particular que puede ocurrir en la guerra y que puede obligar á que ocurra el invasor, si sabe moverse con gran rapidez y osadía, mas no debe tomarse, ni mucho menos, por caso general.

Supuesto el fraccionamiento del enemigo, es claro que la posición central es ventajosísima, porque puede operar en masa sobre las fracciones aisladas y derrotarlas sucesivamente; pero se necesita una condición para la seguridad de las operaciones, sin la cual toda ventaja desaparecería, y es que las distancias que separen á las fracciones sean tales, que consientan los combates parciales aislados, sin que les sea posible concentrarse para acudir al campo de batalla, porque en tal caso pudieran volverse las tornas y hallarse muy comprometido el ejército invasor.

Se ve, pues, que no está tanto la ventaja en la posición central como en las dos condiciones de fraccionamiento y de distancias superiores á las que pudieran recorrerse en el tiempo que exija la concentración.

Los partidarios á todo trance de esa posición central, añaden que, si no es así, no cabría derrotar con igual facilidad á las fracciones, porque se cogerían en línea y vendrían las derrotadas á reforzar las que estuvieran á sus espaldas, que les servirían de reservas, facilitando el rehacerse, y esto tampoco puede tomarse al pie de la letra. Cuanto á la facilidad de derrotarlas, sobre todo á la del

primer encuentro, será la misma, si la relación de las distancias es la que acabo de decir; porque la de las fuerzas subsistirá, así como la imposibilidad de apoyarse unas á otras, y en el segundo choque se hallaría la segunda fracción, es verdad, acrecentada por los restos de la primera; pero ¿podrá considerarse esto como una ventaja?

Si no ha sido deshecha, y conserva la moral lo bastante para que pueda considerarse que es un refuerzo de la de su retaguardia, podría también maniobrar sobre la del vencedor en el caso de la posición central y sería molestísimo; y si ha sido derrotada y desmoralizada, más que la fuerza llevarán la desmoralización á las supuestas reservas.

Aún se dirá que podrán rehuir el combate y retroceder para que la concentración se haga sobre la segunda fracción; pero cuando se puede hacer eso y las fracciones están escalonadas en la dirección del movimiento del ejército invasor, ni hay realmente fraccionamiento ni hay posición central, porque ambos combatientes ocupan la misma línea.

Lo mismo puede decirse del caso en que el ejército enemigo, á quien hemos supuesto dividido en fracciones, se halle igualmente concentrado, es á saber: que no hay posición central posible.

Es, pues, indiscutible la bondad, *en su caso*, de la posición central y de la línea de operaciones que describa ese centro al moverse; aunque esas ventajas no las proporciona la posición, sino combiniándose con circunstancias que concurren en el enemigo y que sabe aprovechar la Estrategia, impidiendo la terminación de sus movimientos con la rapidez de las propias operaciones; pero en todo caso, ¿qué tiene que ver esa posición y esa línea central con que sean ó no interiores todas las demás de operaciones anteriores á la concentración, que es lo verdaderamente importante? Lo que in-

teresa es que las líneas conduzcan de la manera más rápida y más segura á la concentración, que es el primer objetivo estratégico; porque, una vez concentrados, el caso general será el de combatir inmediatamente ó seguir la dirección que marcan los centros de las dos masas combatientes hasta encontrarse.

La idea, además, de que las líneas sean interiores ó exteriores, según ocupen posiciones centrales ó laterales con relación al teatro de la guerra ó á los puntos ocupados por el enemigo, me parece sumamente estrecha.

Y así se comprende que no haya modo de que á las líneas convergentes, y no hay para qué decir que mucho menos á las divergentes, se les pueda considerar como líneas interiores, porque cuanto precede conduce á no considerar como tales más que á las centrales y únicas.

Operar sobre líneas interiores es moverse de manera que, en un tiempo dado y necesario para llevar á cabo ciertas operaciones, no pueda el enemigo evitarlas, ni entorpecerlas siquiera, y mucho menos hacerlas fracasar, cualesquiera que sean sus iniciativas ofensivas, y aunque las ejecute con el mayor grado de rapidez y de impetuosidad.

Mas claro. El Ejército invasor puede en un cierto tiempo recorrer una distancia determinada con la velocidad de las marchas forzadas: todos los puntos situados á esas distancias delimitarán una zona, que es la de su acción en esas condiciones.

El Ejército contrario tendrá otra zona análoga en el caso de proponerse análogas iniciativas.

Las líneas de limitación de éstas zonas podrán aún estar separadas por otra zona neutral, de mayor ó menor importancia, podrán tocarse ó podrán cortarse.

En el primer caso, uno y otro estarán á cubierto

de la ofensiva contraria, dentro de ese tiempo, y podrán moverse con toda libertad y hasta sin precauciones, y para cada uno serán interiores las líneas de operaciones que adopte.

En el segundo caso se llega exactamente á las mismas conclusiones, salvo la mayor necesidad de dar importancia al tiempo, puesto que para los dos es tan preciso, que el que lo pierda, supuestas las iniciativas ofensivas, será invadido en su zona por el otro.

Pero en el tercer caso, la zona de cada uno, dentro de la cual puede moverse á cubierto, y en las mismas condiciones de velocidad y de tiempo, no estará limitada por la línea de su zona anterior, sino por la del enemigo. Quedará, pues, una zona común comprendida entre esas dos líneas, que deberá llamarse *peligrosa*, porque ninguno de los dos puede penetrar en ella sin el temor de que le salga al paso el enemigo y se lo cierre: en las zonas correspondientes á cada uno podrán moverse, supuestas siempre las condiciones mencionadas, con toda libertad, sin el temor de ser entorpecidos en sus movimientos y debiendo considerar como *interiores* todas las líneas que dentro de su zona adopten, porque, en efecto, estarán situadas *en el interior* de la porción de terreno *asegurada* y que, por lo tanto, lo estarán ellas mismas. Todas las demás líneas, situadas dondequiera que sea, aunque partan de la zona segura, si conducen á la peligrosa ó á la enemiga con exposición de ser cortada ella y batida la fracción que la recorra, es y no puede menos de ser línea *exterior*, aunque ocupe una posición tan central como se quiera, porque está en todo ó en parte *fuera* de la zona, en que puede racionalmente afirmarse que será eficaz el apoyo mutuo de las fracciones amigas.

¿Quiere esto decir que no se pueda operar en la

zona peligrosa ni en la enemiga como no sea concentrado? ¡Ni soñarlo!

Preciso es fijar bien esa distinción. Si el Ejército está ya concentrado, no hay, como ya he dicho, que pensar en líneas interiores ni exteriores, sino en combatir; á menos que no vuelva á ser forzoso el maniobrar para llegar al campo de batalla si está lejano. Pero es bien raro el procurar las concentraciones como no sea en las cercanías del choque; y este es el caso interesante y, por lo mismo, el alcance de las líneas interiores ó exteriores es función del propósito de concentrarse, y pueden, por lo tanto, cambiarse unas en otras, según la marcha de las operaciones, en consideración á aquellas circunstancias ya mencionadas, que definen la *calidad*.

Recuérdese que la cantidad y la calidad eran los dos sumandos de que se componía la *superioridad*, y que la relación de las masas se alteraba en función de la segunda, de suerte que un ejército superior por su calidad puede arriesgarse á combatir con otro inferior, disponiendo de menor masa, ó sea menor número de combatientes, cosa que, sin esas condiciones, sería locura.

Lo mismo hay que decir ahora; porque para la claridad de la exposición he supuesto que todas las condiciones fueran iguales, y así entra de lleno el concepto que discuto en el dominio de la persuasión; pero en faltando la igualdad de condiciones, hay que pesarlas todas siempre, lo mismo cuando se trata de la aplicación de la ley que examino que en cualquiera otra empresa de guerra.

Así, pues, si el enemigo que *puede* llegar en un tiempo dado á la zona peligrosa, se confía en que no ha de llegar, ó porque le faltan elementos para tomar la velocidad calculada, ó porque acaezcan sucesos climatológicos que á él le perturban más, riadas, hundimientos de puentes ó porque, en fin,

haya motivos para sospechar que se halla desmayado, que tiene poca movilidad y que llegará retrasado, no hay inconveniente en citar á las fuerzas fraccionadas en un punto de esa zona, y aun deberá correrse ese riesgo, y entonces aquella porción de línea que debiera tenerse por exterior se convertirá en interior indiscutiblemente.

Si cambiando el aspecto de las cosas, el enemigo hace un esfuerzo extraordinario de velocidad ó, en fin, se adelanta é impide la concentración, tropezando con las fracciones antes de llegar al punto de cita, deberá juzgarse como exterior aquella línea que por interior se tenía. Se ve, pues, que las condiciones de calidad destruyen también aquí la relación de zonas y de distancias, como antes destruían la de masas, y que, corriendo ciertos riesgos que no deben excusarse en la guerra, se pueden hacer cosas que se salen, al parecer, fuera de la teoría; pero ha de pesarlas bien todas el estratega para no exponerse á un fracaso, por más que no sean magnitudes morales las que tenga que manejar, sino magnitudes materiales, y singularmente masas.

Hay que agregar todavía que no se puede hablar de líneas sin que, implícitamente, se entienda que se habla de su dirección y que en el enunciado de la ley se habla de líneas y no de línea, lo cual quiere decir que se trata de aquellas que, con diversas orientaciones, conducen á la concentración; porque una vez concentrados y operando en masa, no habrá más que una línea, ó mejor dicho una dirección, aunque se dividan las fuerzas para utilizar varios caminos, como será, siempre que se pueda, ventajoso hasta para pequeños ejércitos, y absolutamente necesario para los grandes que modernamente se mueven; seguir con tales masas por un solo camino, sería tanto como no ir concentra-

dos, puesto que la retaguardia no llegaría á combatir durante la batalla.

Ahora se comprenderá por qué no deben rechazarse las líneas convergentes y aun las divergentes, que pueden empezar á serlo, para tomar ciertos caminos ó estaciones, y acabar siendo convergentes porque conduzcan al punto de cita las vías que tomaran: y asimismo se comprenderá que á estas líneas, á pesar de ser así, y cualquiera que sea su posición central ó lateral, deba considerárseles como interiores, si reúnen las condiciones de seguridad que antes indicaba para que la concentración se realice, sean cualesquiera las iniciativas del enemigo.

Sin perder, pues, de vista las indicaciones relativas á los riesgos que permite aceptar racionalmente la relación entre la calidad de los combatientes, porque con superioridad, de cualquier género que sea, puede tener justificación lo que sin ella sería locura, el precepto de operar sobre líneas interiores, tal como queda expuesto, tendrá siempre un valor tan imposible de negar, que bien puede decirse que arraiga en la mente con los caracteres de aquellas evidencias que persuaden de la imposibilidad de verse contradichas.

Hará bien, por lo tanto, el estratega que no lo pierda de vista: y no amplíe más estos razonamientos, por el temor de que, resultando este apartado demasiado largo, conduzca á la confusión lo que añadiera para esclarecimiento.

X

Tercera ley estratégica.

«Maniobrar sobre las comunicaciones del adversario conservando las propias.»

Empleo en la enunciación de la ley la palabra maniobrar, porque está generalmente aceptada; pero es más propia de los movimientos que se efectúan en el campo de batalla, ó sea tácticos, en tanto que operar es para los estratégicos.

Ya se ha visto qué íntimamente ligadas están la que recomienda operar sobre líneas interiores y la que prescribe la concentración para combatir, pudiendo decirse que son la misma cosa, puesto que aquélla ejecuta del mejor modo posible lo que ésta dispone.

No sé, por lo tanto, cómo puede considerarse más ligada á la primera la que ahora examino, cuyo propósito es hacer más decisivo el triunfo preparado por las otras dos.

La bondad de operar sobre las comunicaciones del enemigo sin exponer las propias, no sólo tiene también un carácter de evidencia, al primer golpe de vista, sino que se inclina uno á pensar que se trata de una recomendación pueril.

Recomendar que se saque una ventaja sobre el enemigo, sea de una ó de otra naturaleza, parece cosa innecesaria, puesto que á eso se va; y recomendar que se intente sacar toda ventaja sin exposición ninguna, esto es, decir que en materia de guerra se debe ganar sin exponerse á perder, tiene todo el aspecto de una inocentada.

Y no hay ventaja que pueda compararse á la de

cortar la comunicación de un ejército con su base de operaciones, porque ya de por sí es esto gravísimo, aunque no haya habido combate; pero si se consigue después de una batalla ganada, será bien difícil que no sea decisiva la victoria y haga pensar al enemigo en la capitulación.

La cosa, sin embargo, es más seria de lo que parece, tiene poco de inocentada y vale la pena de enterarse.

Desde luego la cosa no es llana: no es tan fácil como parece amenazar comunicaciones ajenas conservando las propias; porque en igualdad de las demás condiciones, no es posible intentar cosa semejante sin exponerse á lo mismo.

Cortar la comunicación del ejército con su base es interponerse entre los dos, es colocarse á su espalda; pero con ese movimiento resulta él en las mismas condiciones con relación á nosotros, esto es, interpuesto entre nosotros y nuestra base.

Ha de tenerse en cuenta, además, que no es cosa prudente colocar al enemigo en situaciones desesperadas si no está ya muy castigado, porque puede sacar fuerzas de flaqueza jugando el todo por el todo: y si no ha precedido una batalla, forzosamente habrá de haberla para salir de esa situación, y no hay razón ninguna para que se decida en favor del que envuelve, á menos que no haya emprendido el movimiento confiado en cualquier género de superioridad. No por eso ha de admitirse lo de «al enemigo puente de plata» porque lo conveniente es destruirlo, volando el puente aunque sea de oro; pero la frase tiene un alcance que merece meditar.

Siendo mi propósito, como ya he dicho, valerme sólo de razonamientos y prescindir de citas de hechos, de textos y de personas, no he de caer ahora en esa tentación; pero surgirían á montones para

demostrar que algunos grandes capitanes, mandando ejércitos de mucha consistencia y aguerridos, no han temido perder las comunicaciones, porque, aun después de tan gran desgracia, confiaban en que no les faltarían recursos de ingenio, libres ya de la preocupación de comunicarse con su base, para salir del apuro con honor de las armas, rompiendo la línea enemiga; lo cual dice que deben medirse bien los riesgos, sobre todo cuando el jefe enemigo es inteligente, audaz y no manda soldados bisoños.

Pero si, en igualdad de las demás condiciones, la maniobra es arriesgada por exponerse á perder lo mismo que se trata de ganar, en habiendo desequilibrio en ellas por las circunstancias *de calidad* que concurren, como vengo diciendo, la cosa varía de aspecto y no sólo no debe mirarse con prevención, sino aconsejarla como la más eficaz y decisiva, hasta el punto de que á ella se deban las más brillantes victorias y la más rápida terminación de las campañas.

Aun sin entrar en discusiones geométricas, de las que me he propuesto prescindir, no será ocioso indicar que las circunstancias del terreno donde hayan de tener lugar las operaciones pueden facilitar las de este género de una manera notable, así como las posiciones relativas de las bases, líneas de operaciones y situación de los ejércitos.

Imagínese que ha elegido el enemigo un campo de batalla muy favorable para la lucha, pero que la dirección general de su línea de comunicaciones es cortada por la del invasor en un punto intermedio entre el campo elegido y la base: entonces es indudable que tiene el último gran facilidad de envolver y de defender sus líneas; porque para que el primero pueda colocarse en situación simétrica, para buscar la igualdad de condiciones, tendría que recorrer un cierto espacio y emplear un tiem-

po que de ninguna manera podrá perder en esa operación, dada la situación de apuro en que se encuentra. Y si además ayudan las circunstancias del terreno, ¡júzguese de si tendrá ó no con ello superioridad el que lleva la ofensiva estratégica!

Cierto que habría que declarar inepto al que en tales circunstancias se colocara; pero para eso es preciso suponer que ha podido evitarlo, y muchas veces se llega en la guerra forzosamente á esas posiciones por consecuencia de operaciones y de hechos de armas anteriores.

Donde principalmente se tropieza con ellos es en el campo de batalla, ya continúe en ella el plan estratégico, que lo tuviera previsto y guiara las cosas también en el combate para la realización del plan concebido, ya los accidentes de éste, sin previsiones estratégicas, obligaran á realizar maniobras puramente tácticas que condujeran á esos resultados.

Sea por la causa que se quiera, si la batalla ha sido de ala, por ejemplo, y se ha conducido por ataques simultáneos de frente y envolventes, y está por aquel lado la línea de comunicaciones, al completar la derrota vendrá á quedar ésta cortada ó por lo menos amenazada, y á toda costa deberá completarse una operación que resultaría decisiva.

No es, pues, dudoso que los accidentes variadísimos de la guerra ponen algunas veces en la mano la posibilidad de realizar brillantemente este género de movimientos; pero no se crea por eso que sólo cuando se vienen á la mano deben intentarse, porque guerra sin riesgos y sin audacias no es la verdadera guerra, aunque haya de tenerse siempre en la mente la prudencia.

Todo estriba en apreciar bien todas las condiciones de cantidad y de calidad que en ambos ejércitos militen; pero cuando la superioridad sea

incuestionable, no pueden elegirse más que las resoluciones más arriesgadas y rápidas, porque son las más eficaces y decisivas, y así se acaban las guerras.

En esos casos está justificado hasta olvidarse de las propias comunicaciones, cuidándose, más que de no exponerlas, de cortar las enemigas y sacar de ello todas las consecuencias que deben esperarse de la superioridad.

Basta con esto para dar por terminado lo que me proponía decir de las tres leyes estratégicas, cuyo carácter de evidencias me he esforzado en demostrar.

No se crea por eso que no hace falta saber más para ser un estratega. Será, en mi sentir, inexcusable obrar siempre dentro de lo que ellas prescriben, porque es muy razonable y porque la historia de la guerra demuestra que, en general, no se ha faltado á ellas impunemente, á menos que lo que un examen ligero pudiera calificar de falta no esté justificado por las razones de superioridad ó de desesperación que antes indicaba.

Pero, ya lo he dicho también; estas son las líneas generales que sirven para formar exacto concepto de las operaciones estratégicas, ó mejor dicho, para adquirir el concepto de la estrategia y nada más.

El manejar todo esto, que parece tan sencillo, es labor titánica, y no debe perderse de vista que, así como para el examen ó estudio de los fenómenos de las ciencias físicas no bastan aquellas leyes generales en que van todos envueltos, sino que es forzoso aplicar otras más especiales, así también en los hechos de armas, que son los fenómenos de la guerra, hay que buscar dentro de esas líneas generales otras más de detalle y que se relacionan más con lo práctico y circunstancial.

El que haya aprendido esto y todo cuanto diga en este trabajo, si quiere saber estrategia, tendrá que empezar á estudiarla: y aun no será eso bastante, porque con el estudio se llega á poder entender los asuntos militares y discurrir sobre ellos, pero hace falta practicarlo para llegar á poder encargarse de realizar empresas tan arduas.

A lo único que aspiro es á que estas ideas permitan emprender ese estudio sin extrañeza, porque hayan arraigado bien las fundamentales.

Los apartados que siguen han de contribuir todavía mucho á esclarecerlas. ¡Al menos así lo creo, y harto sentiré equivocarme!

Pero ya que estos últimos renglones han tomado el aspecto de ligerísimo resumen de los cuatro apartados anteriores, no sería ocioso volver la vista más arriba; porque, conocida la esencia de la Estrategia propiamente dicha y sus líneas más fundamentales, se podrá apreciar, mejor que al principio, la necesidad que tiene, para desenvolverse, de aquellas ideas preliminares relacionadas con la política, que le da las normas, con el terreno en el cual se desarrolla, con el ejército organizado bajo todos los aspectos y bien ponderado en cantidad y calidad, y con el carácter ofensivo que deben tener las operaciones estratégicas para ser decisivas y conseguir el fin primordial de la guerra, que es acabarla.

Todas esas ideas constituyen los datos de que se parte, la masa con que se trabaja; pero concebidos los planes, hay que ejecutarlos y en ese terreno es donde falta concretar el concepto estratégico.

XI

**La Estrategia en consideración á la base,
línea de operaciones y objetivo militar**

He aquí un apartado que no sé yo si pertenece más á la primera ó á la segunda parte. Tal como va colocado, cada uno lo añadirá á la que mejor le parezca; suponiendo que, ó es final de la primera, ó principio de la segunda.

Por muchos caracteres se liga á la primera. Porque ¿qué planes han de concebirse sin saber de dónde se parte, adónde se va y cómo y por dónde se va? Si entran, por tanto, como se ha visto en los planes, las condiciones materiales y morales de los ejércitos, ¿cómo no ha de considerarse *dato* importantísimo la base de operaciones, que asegura el municionamiento de boca y guerra y sirve de refugio y de apoyo y de salvación en una retirada? ¿Y cómo no ha de pensarse lo mismo de los objetivos, que pueden ser impuestos por la política y tener, por lo tanto, el carácter indiscutible de datos?

Pero asimismo se liga de una manera indudable á la ejecución; porque los objetivos pueden no ser impuestos por la política, sino de aquellos que es potestativo elegir ó forzoso aceptar, y las bases podrán y aun deberán fijarse por el estratega en función de las operaciones que imagine para conseguir aquellos fines, de suerte que todo obedezca á un pensamiento estratégico. Esto aparte de que los objetivos y aun las bases pueden variar, como ya veremos, aunque sea poco frecuente y generalmente arriesgado, porque así lo exija el desarrollo de la guerra y sus múltiples accidentes: entonces

es claro que el estratega las considera como elemento de las combinaciones y formando parte de su plan general, de suerte que, en vez de ser datos que admitan, son resultados que se acomodan á una idea preconcebida que se trata de poner en ejecución.

Sea de ello lo que quiera, por el momento examinaré el caso general, y desde ese punto de vista bien se puede decir que la Estrategia, tal como la hemos expuesto, se nos presenta en completo movimiento; y si se me permite la frase, eso sería la dinámica de la Estrategia. La parte que se relaciona con las bases, líneas de operaciones y objetivos, en el supuesto de estar en ella comprendida, representarían la estática de esa mecánica estratégica; porque, aun admitida la variabilidad, poco frecuente, de esos elementos, su carácter distintivo es la fijeza, la estabilidad, á causa de que, siendo así, la proporcionan á todo género de planes y de operaciones; en tanto que si varían, ha de variar por necesidad absolutamente todo.

Preciso es, pues, hacer sobre esto algunas indicaciones, siquiera sean muy ligeras, para que quede esclarecido.

La importancia de los objetivos no puede ocultarse á nadie; pero ya he dicho que hay uno superior á todos, que ocupa la primera categoría, y es acabar pronto la guerra. Para ello han de adoptarse las medidas más decisivas, sin economizar cosa alguna que á ello conduzca, incluso las más sangrientas batallas, que lo serán tanto menos, aun cuando parezca lo contrario, cuanto más abrevien el término de la campaña; pero para ello, el objetivo de los objetivos, el superior á todos, porque cobija en su seno todos los puntos decisivos, todas las obras de fortificación y la llave de todas las posiciones, es el ejército contrario, que mientras

subsista hará que todo pueda vivir á su amparo, y que si cae arrastrará también á todo en su caída. Para derrotarlo será forzoso buscarlo en condiciones favorables, y para esto hay otro objetivo, el más eficaz y el más indispensable, y es concentrarse para operar en masa, con todas las fuerzas disponibles reunidas, sobre los puntos que más convenga. Para llegar á esa concentración será preciso de igual modo moverse ó cubierto de todo golpe de mano, y para ello operar sobre líneas interiores. Finalmente, hay un objetivo posterior á esos y que es común á todas las operaciones: hacerlas todo lo más decisivas posible, y para eso no se pierde jamás de vista la posibilidad de cortar las comunicaciones, ya operando estratégicamente, ya manobrando en el campo de batalla.

Pero todavía la consecución de esos fines puede verse turbada por accidentes de la guerra, que obligan á cambiar de dirección ó de propósitos, definitiva ó momentáneamente, ó á tener que resolver problemas parciales dentro del general que se persigue, y entonces aparecen otros objetivos secundarios, que pueden ser á su vez permanentes, ó sea subsistir hasta que se logran, ó variables, que puedan sustituirse en un momento dado, y adquiridas ciertas ventajas, por otros más eficaces que conduzcan al mismo fin.

Viniendo ahora á la base de operaciones, todo cuanto se diga de su importancia es poco. Hemos visto que la magnitud de los ejércitos modernos es tal que no permite esperar que puedan vivir á expensas del enemigo, sobre todo en lo que concierne al material de guerra, armas y municiones, que no podrían obtenerse desde luego con la oportunidad y precisión que son ahora absolutamente indispensables, para no ser inferiores al contrario en el momento que menos se piense. Es forzoso sacarlo del

país amigo y tenerlo preparado en cantidad que espanta, y á punto de ser utilizado así que se necesite, lo cual obliga al establecimiento de depósitos de todo género y á una acumulación enorme de medios de transporte. No hay para qué decir que todo esto, que tanto cuesta y que tanto vale, porque son las alas de la victoria, ha de estar completamente á cubierto de los movimientos del enemigo.

Pero es más que esto todavía; porque tiene una grandísima importancia moral y material, guardando las espaldas, dando seguridad al ejército á quien protege y confianza en que será completamente atendido, y sirviéndole de sostén y de baluarte para rehacerse en una retirada.

Por todo esto ha de proporcionar cuanta seguridad sea posible y situarse en una zona, no ya asegurada ó á cubierto de la ofensiva audaz del enemigo en un tiempo dado, como en aquellas que antes examiné, sino en una zona donde no quepa la ofensiva contraria en ningún tiempo. Entiéndase bien, sin embargo, que en la guerra nada hay completamente seguro y que en ella todo se puede perder y se pierde con las derrotas, á menos que no vengan á salvar algo las capitulaciones que restablecen la paz.

No hay para qué decir que debe perderse la idea de línea en la de base, porque induciría á error y no tendría como tal más que mediana importancia. Es un núcleo donde todo se reúne, almacena, guarda y distribuye, que necesariamente ha de contraerse en el sentido del movimiento ó de la dirección de la línea de operaciones, y alargarse en el otro sentido, para fortalecerse con la posesión de ciertos puntos y abarcar una zona que estará relacionada con la extensión de las operaciones y con otras circunstancias que no es del momento examinar.

En punto á la línea general de operaciones poco habrá que decir, puesto que, en general, su dirección es la que sirve para unir la base con el objetivo, siéndoles aplicables muchos de los razonamientos ya expuestos al hablar de las líneas interiores.

Pero conviene aclarar un concepto. Porque es aforismo de guerra el siguiente: una sola base, una sola línea de operaciones y un solo objetivo. El valor del concepto es indiscutible, porque con muchas bases, muchas líneas de operaciones y muchos objetivos, ó si no muchos varios, no se concibe más que una confusión extrema, una falta de unidad lamentable y una inconsistencia en los propósitos inconcebible.

Pero si eso conduce al error de pensar que la línea general de operaciones ha de ser un solo camino, es necesario rebatirlo desde luego; ó mejor dicho recordar lo que ya con otro motivo dejo expuesto. La dirección es lo que interesa, y aun ésta dentro de los límites que entonces mencionaba; pero siendo una la dirección, no puede ni debe ser uno el camino, sino todo el haz de caminos que pueda utilizarse en esa dirección. No podría ser otra cosa, sobre todo habiendo crecido hoy tanto la magnitud de los ejércitos, so pena de tener siempre comprometida la concentración sobre el campo de batalla. Cierto que no conviene ensanchar mucho el frente de operaciones y que sería de desear que no ocuparan gran zona los caminos; ¡pero es tan malo y á veces peor darlo todo á la profundidad!

Cuanto á los objetivos, ya se ha visto cómo pueden variar, aunque en esto y en todo lo que es guerra deba recomendarse que, sin perder aquella flexibilidad que permita acomodarse á las circunstancias sin obcecación, se varíen poco los propósitos, porque en la guerra es malo todo lo que acusa

inconsistencia ó debilidad y bueno lo que demuestra tenacidad y perseverancia.

He indicado antes que también las bases se cambian, aunque no sea frecuente, y aun puede haberlas secundarias, lo que parece opuesto al aforismo de lo único que acabo de mencionar.

Así sucede, en efecto, algunas veces; pero siendo siempre una operación muy difícil y que requiere hondas meditaciones, ya por la marcha de los sucesos que lo hagan indispensable ó conveniente, ya porque se quiera correr aquellos riesgos, que mas arriba he mencionado, confiando en una superioridad que puede ó no tener confirmación, ya, en fin, porque, cortadas las comunicaciones, se sale del apuro con un alarde de impetuosidad y de bravura y es forzoso rehacer las cosas como se pueda.

Pero esas empresas, en los dos últimos casos, no cabe realizarlas sino con ejércitos de notoria consistencia y acostumbrados á vencer, á los que más enardecen que desmayan los reveses, y con capitanes de tales prestigios y de tantos talentos militares, que tengan en sí mismos todo género de confianzas y en su ingenio todo género de recursos, sean cualesquiera las circunstancias en que se encuentren; tan aptos para la Estrategia como para la táctica y tan dispuestos para madurar planes como para improvisar soluciones; porque á éstos, la gravedad del caso los agranda y hasta se persuaden de que ven con más claridad los nuevos objetivos, porque no les distrae la atención la necesidad de guardar lo que hubiesen perdido.

Pero, en suma: todo es variable en la guerra, todo puede ganarse y todo perderse, todo debe guardarse y todo exponerse, según sean los momentos y las circunstancias que los definan; y, en tal concepto, no debe nadie maravillarse de que bases, líneas y objetivos cambien; pero bueno será per-

suadirse de que éstas últimas tres cosas son de las que menos carácter tienen de variabilidad y á las que, por el contrario, más conviene el de fijeza.

XII

**La Estrategia no es la Logística ni la Táctica,
pero se compenetra con ellas.**

Hasta aquí hemos tratado de darnos cuenta de cómo funciona la Estrategia, concibiendo planes, en función de circunstancias muy variadas que utiliza como datos, y presuponiendo que sabe vencer todas las dificultades que puedan presentársele en la ejecución de esos proyectos, ni más ni menos que si todo le correspondiera, sin compartir con nadie las dificultades de los detalles de realización.

A eso obligaba el concepto general de Estrategia que hacía concebir la definición de que habíamos partido, la cual se acomodaba á un estado de conocimiento de la materia que no permitía aún las particularizaciones; pero no es así, sin embargo, porque desde el momento en que las concepciones estratégicas pasan á vías de ejecución, se encargan particularmente de ello la Logística y la Táctica, que comparten con ella el trabajo y la responsabilidad.

A pesar de todo, no será posible haber leído con detenimiento lo que precede sin haber adquirido ya un concepto, más ó menos perfecto, más ó menos claro, del alcance y radio de acción de cada una de esas tres ramas de los estudios militares, habiéndolas distinguido más ó menos exactamente: este es el momento de confirmar esas presunciones y de hacer más concretamente la distinción.

La Estrategia es el alma de la guerra: ella estudia, planea, proyecta, es la teoría, es la ciencia y es por todo esto la que decide el fracaso ó el éxito de una campaña, en igualdad de las demás condiciones; pero por lo mismo que es el espíritu, el pensamiento, no ejecuta y de ello se encargan la Logística y la Táctica.

Dije al principio que unos daban una extensión sobrada á la significación de la palabra Logística, porque suponen que comprende el *cálculo de todo* lo que á los asuntos de guerra concierne, mientras que otros la restringen tanto que no ha de pasar su misión del transporte en un cierto tiempo, entre dos puntos designados, de una masa de hombres. No sólo ha de llevar los hombres, sino *todo* lo que hayan de necesitar y sea preciso reunir en un punto y momento determinados, para que el soldado marche sin fatiga, alimentado, municionado y atendido bajo todos los aspectos; de suerte que no sólo marche, sino que descansa y llegue al choque en las condiciones más favorables para alcanzar la victoria: *realiza* los planes de la Estrategia y *prepara* lo que ha de necesitar la Táctica para resolver en definitiva el problema. Calcula y ejecuta ó ejecuta calculando, por lo que tiene una parte de ciencia y otra de arte, y nunca se exagerará bastante la gran importancia que tiene en las funciones de guerra.

A la Táctica le corresponde, en cambio, todo cuanto se hace en el momento del choque, sobre el campo de batalla y bajo el fuego enemigo, enderezado á vencerlo, á destruirlo y á lograr la victoria.

No sólo es táctico lo que enseñan los Reglamentos relacionados con las formaciones y los órdenes, aunque tenga una altísima importancia, que no debe sin embargo exagerarse. El desplegar y re-

plegarse rápidamente al frente del enemigo por procedimientos muy ensayados y que se ejecutan *á ojos ciegos*, es de gran interés y evitan el desorden, cuando la gravedad del momento pone en tensión el espíritu y los nervios, y á igualdad de las demás condiciones, llevaría indudable ventaja el que poseyera ese género de instrucción, puesto que se trata de mover hombres y masas y no es cosa baladí el moverlos como convenga del modo más rápido y ordenado; pero no es eso todo, y al mismo fin concurren el manejo y combinación de las armas, la apreciación exacta del terreno, los movimientos de avance y retroceso, la distribución de las reservas, la intensidad del fuego en función del municionamiento, las obras de fortificación pasajera, y, finalmente, el conocimiento preciso de la fuerza material y moral de los combatientes en los varios aspectos del choque, los motivos de decaimiento ó entusiasmo, porque con todo ello se juega; y así como fácilmente se llevará al ataque á gente vigorosa y enardecida, nadie conseguirá lo mismo, por ningún procedimiento, de los estenuados por la fatiga ó de los decaídos y faltos de energía, de confianza ó de espíritu.

Definidas así la Estrategia, la Logística y la Táctica, fácil será ya distinguir en todo momento lo que es estratégico, logístico ó táctico; pero sería error gravísimo el pensar que pueden vivir aisladamente, por tener cada una un campo que le es propio y que con facilidad se delimita.

La Estrategia no concebiría nada, ó concebiría mal, si no se hiciera cargo de las necesidades logísticas y tácticas; las primeras porque la pondrán en la *realidad* de la ejecución, siendo intento vano el de proponerse concentraciones ó movimientos de ninguna índole sin elementos que hagan realizables las unas y los otros; las segundas, porque todo se-

ría estéril si no se contara con campo de batalla apropiado y con circunstancias que hicieran confiar racionalmente en la victoria.

La Logística necesita conocer la importancia y urgencia del pensamiento estratégico, para extremar la exactitud y la precisión, y del mismo modo necesita darse cuenta del género de dificultades con que se habrá de tropezar en el encuentro para poner en relación con ellas los elementos y recursos que acumule.

Finalmente, la Táctica sería impotente para proporcionar la victoria si, por errores estratégicos ó logísticos, las condiciones del duelo fueran desfavorables hasta el punto de tener que aceptarlo con evidente inferioridad.

Por eso no se concibe función de guerra ni mediana sin un excelente Estado Mayor que entienda á la vez en las tres cosas, llevándolas á la par.

Tengo por bastante lo dicho para que no puedan ya confundirse las cosas que pertenecen esencialmente á la Estrategia, á la Logística y á la Táctica, pudiéndolas distinguir fácilmente; y asimismo creo que basta para adquirir la persuasión de que se necesitan y compenetran tanto, que no viven aisladamente y que en especial la primera no puede perder de vista á las otras dos; pero todavía han de considerarse esos razonamientos como líneas generales propias para proporcionar un avance de convencimiento. Para completar el concepto será preciso dar una idea, siempre ligera, como corresponde al género de este trabajo, pero más detallada, de lo que son respectivamente la Logística y la Táctica, y puestas cada una frente á frente con la Estrategia, se percibirá con más claridad el concepto de esas relaciones.

Eso es lo que me propongo ahora; pero como se haría este apartado demasiado largo y pesado, pre-

fiero cortarlo aquí y desarrollar ese propósito en otros dos especiales, cosa que no podrá menos de ser más provechosa para el fin que persigo y que con tanta repetición he expuesto.

XIII

La Estrategia y la Logística.

La Logística recibe las inspiraciones y órdenes correspondientes al plan estratégico y se encarga, ayudada por la Administración, de conducir las fuerzas desde los puntos donde se encuentren á los que se designen, en el tiempo que se le marque y con la condición de que lleguen perfectamente abastecidas de todo y descansadas lo bastante para que puedan combatir sin decaimiento de energías; lo cual dice ya que no sólo ha de disponer las marchas, sino los descansos y, por lo tanto, los modos de acampar.

Se ve, pues, que es el lazo que une la suprema dirección, las concepciones á que obliga la necesidad de batir al enemigo y el choque con éste, que es en último extremo la realización de lo concebido; y aunque esto sea propio del jefe de Estado Mayor, con el que el estratega deberá estar en íntimo contacto, no se comprende desde luego que pueda ser indiferente al segundo la manera como sus planes se desarrollan, y ya lo tenemos ligado á la Logística como interesado en esa realización.

Pero está mucho antes ligado á ella, porque lo que no podrá ni deberá consentir jamás, sin imponer severas sanciones, el General Jefe de los Ejércitos, es la más mínima parte de retraso en el cumplimiento de sus órdenes, exigiendo á todos la más

absoluta precisión; pero para eso es totalmente indispensable que se mande lo posible. Inútil es decir que sería detestable una estrategia cuyos planes demostrara la Logística que no era dable realizar.

Y aunque sea cierto que no dará, racionalmente pensando, las órdenes de ejecución sin haberlos contrastado con el Estado Mayor, para demostrar la posibilidad, no lo es menos que para concebirlos le sería imposible descender á ciertos detalles que no le incumben, ni perturbar la concentración de sus ideas con repetidas consultas, lo cual le obliga á tener, por lo menos, conocimiento muy exacto de los términos medios de todas las magnitudes logísticas aplicables á los casos que no sean de evidente excepción.

Lo que pueda andar un infante ó un jinete, una columna homogénea de cualquiera de las armas ó una compuesta de todas ellas, varía con la naturaleza de los hombres y del terreno, con la estación, con el estado de los caminos y su naturaleza y con los entorpecimientos de todo género que puedan encontrar en su marcha, ya de carácter permanente, como las pendientes exageradas, ya accidentales y extraordinarias, como las inundaciones y las grandes nevadas; y aunque todo ello haya de tomarse en consideración, porque con todo ello se juega, é interesa descartar con las previsiones cuanto pueda contribuir al fracaso, todos esos detalles no pretenderá nadie que bullan en el cerebro del estratega cuando combina sus operaciones, porque pertenecen al Estado Mayor y á las noticias que se obtengan oportunamente, en los momentos de la ejecución, tan precisas como se pueda, no sólo del terreno, de la propia acción y de las condiciones de las gentes que manda, sino de las del adversario; pero sería inexcusable el desconocimiento, por

ejemplo, del número de caminos utilizable, de la división que pudiera hacer de sus fuerzas y de aquellos otros términos medios que hayan de tenerse racionalmente por aplicables á las circunstancias ordinarias.

En suma: si, como algunos aficionados á distinguir lo grande y lo pequeño en las cosas de guerra pretenden, hubiera una alta y baja Logística, como alta y baja Táctica y grande y pequeña guerra, sin que se atine fácilmente con las grandes ventajas de esas distinciones, la alta Logística, la de las líneas generales, corresponde inexcusablemente al estratega. Las otras logísticas, por altas que sean, serán de inferior jerarquía, de categoría menos alta, porque, después de todo, no se ve razón para no aceptar entre lo alto y lo bajo lo mediano ó lo medio en varios grados, según se trate de cuerpos de ejército, divisiones, batallones, ó compañías.— Lo que por el momento interesa es ver, como vemos, al estratega ligado íntimamente con la Logística, hasta el punto de que lo difícil sea ya, no el demostrar que se compenetra con ella, sino el determinar el momento en que pueda considerarse de ella desligado, abandonándole en la ejecución la apreciación de los detalles.

No se crea por esto que haya de llegar tan lejos que casi lo acapare todo y que, dejando los detalles de ejecución fuera de su alcance, deja poca cosa. Tan imposible le será desenvolverse con rapidez y con acierto sin tener arraigadas en el entendimiento las líneas fundamentales de la Logística, como atender debidamente al desempeño de los altísimos deberes que le impone un cargo lleno de dificultades enormes y de responsabilidad abrumadora, mirando menos á lo que exclusivamente le corresponde, que á lo que debe ser carga que otros soporten. Necesariamente ha de dejar mucho, y no puede me-

nos de dejarlo y debe dejarlo, á otras manos y fiar en que cada uno en su esfera ha de cumplir con su deber.

La guerra moderna pone en movimiento tal copia de elementos de todo género y tan gran cantidad de hombres, que la cosa que parece más fácil resulta complicadísima acumulándose con otras y otras. Ha de añadirse, además, que cuanto más crece el caudal de esos elementos, más se estima indispensable acudir á los medios más rápidos, porque la velocidad adquiere cada día más importancia; y así como un solo camino bastaba antes para transportar ejércitos comparables á las actuales divisiones en el número de combatientes, pero muy inferiores comprendiendo la impedimenta, ahora todos los caminos y medios de transporte son pocos. Los ferrocarriles, por ejemplo, han aumentado la velocidad de una manera maravillosa, pero no ha crecido menos la dificultad de utilizarlos debidamente, para masas de transporte tan colosales, en el menor tiempo posible. Baste decir que, en las mejores condiciones, no se necesitará menos de ochenta trenes para transportar un cuerpo de ejército en completo pie de guerra, suponiendo que cada tren sea unidad de transporte que pueda conducir las unidades de guerra, batallón, escuadrón ó batería, y que será muy difícil, aun con doble vía, poner en marcha veinte trenes y poco más de la mitad con una sola. Cualquier entorpecimiento logrará, por lo tanto, hacer perder un día, que puede llegar á tener importancia grandísima. Las velocidades que en cada línea puedan adoptarse, su estado de conservación, la necesidad de atender inmediatamente á las reparaciones, el conocimiento perfecto del material móvil y su distribución y su deterioro, son cosas que parecen baladíes, pero que no se manejan con precisión sin organizaciones muy

perfeccionadas; y cuando no se tienen así, ó los mismos accidentes de la guerra las perturban, pueden sus deficiencias ser causa de grandes desastres y de tremendas responsabilidades.

Además, en estas vías, como en las ordinarias, todo cambia para la Logística según los tres estados de seguridad de encontrar al enemigo, posibilidad de tropezarlo ó certeza de hallarse con él y combatir; y estos estados no pueden ser prescritos muchas veces por los planes estratégicos, debiendo darles solución inmediata cuando se presenten inesperadamente por iniciativas enemigas. Según el caso, podrán ir separadas las armas como más convenga á su movilidad, utilizando cada una los caminos más apropiados, ó deberán ir las tres reunidas y en disposición de combatir: las columnas tendrán más ó menos profundidad; se tomarán ó no las precauciones de destacar fuerzas de vanguardia y de flanqueo; variarán los intervalos; se destacarán ó no las fuerzas de caballería y artillería á caballo: se ensanchará ó no el frente, según la profundidad de las columnas y la proximidad del enemigo y en previsión del futuro frente de combate: en una palabra, se acomodará todo al momento en que se esté, y es inútil decir más para que se comprenda cuánto deja el estratega en ajenas manos y cómo se desenvuelve muy ampliamente y en muy ancho campo la Logística, aunque haya parecido que se le robaba mucho, dejándole tomar al estratega aquel conocimiento de las ideas fundamentales que le permitieran estar tranquilo, respecto á la posibilidad de realización de sus planes, en medio de las complicaciones que siempre son de esperar en la guerra.

Las indicaciones que acabo de hacer han tenido doble objeto: primero, conducir á la conclusión que precede; y segundo, el que me han de servir,

sin más que mencionarlas, para lo que ahora diré.

Nada digo de los problemas de castramentación, ni prosigo en la tarea de dar detalles logísticos, porque ni remotamente entra en mis propósitos el perfeccionar el concepto de la Logística, y mucho menos estudiarla. Tomo de ella tan sólo aquellas someras ideas que me sirven para demostrar su independencia de la Estrategia, y singularmente su contacto con ella, porque esto tiende á perfeccionar el concepto de ésta, que es mi propósito; y para eso, basta lo dicho bajo el aspecto de la Logística propiamente dicha; pero tiene asimismo un aspecto táctico, y también he de decir de él algunas palabras, porque contribuyen igualmente al mismo propósito.

Por raro que parezca, se ha aceptado con mucha dificultad la distinción, en mi sentir indiscutible, que yo he explicado entre la Estrategia, la Logística y la Táctica, aunque afirmando á la vez que se compenetran y que no pueden vivir aisladamente.

Gran número de escritores militares no admiten más división que la de Estrategia y Táctica. Pero de qué modo será indispensable hacer la división que dejo establecida, colocando entre las dos á la Logística, y de qué modo se compenetrarán las tres, que se dividen al darle colocación, y mientras los unos la consideran incluida en la Estrategia, los otros defienden que debe incluirse en la Táctica.

Sostienen aquéllos que no hay más que dos estados en la guerra: el de preparación para el choque, comprendiendo todo lo que absolutamente sea necesario hacer para llegar á él en las mejores condiciones de superioridad, y el choque mismo, que es la función de guerra por excelencia, como que eso es la guerra y fuera de eso todo es estados diversos de paz, siquiera sean muy costosos é intran-

quilos: para el combate se dispone todo y en él todo se resuelve, porque todo en él se pierde ó se gana con los fracasos ó los triunfos, borrándose todo lo anterior que puede haber sido bueno ó malo, pero que, en fin, «son aguas pasadas con las que no muele molino».

Aun siendo así, quiero llamar la atención sobre si es ó no natural distinguir en esa preparación lo que es pensamiento, plan, dirección, iniciativa, impulso, de lo que es obediencia á esas inspiraciones, desenvolvimiento material de lo que hasta entonces es racional, al contacto con las tosquedades de la práctica y los contratiempos de la realidad; en una palabra, de lo que es puramente ejecución, aunque en ciertos momentos no pueda vencer las dificultades exteriores sin improvisaciones oportunas y hasta geniales.

Piensen los otros que esa es la verdadera y la única distinción: primero concebir y luego ejecutar; pero nada es tan soberanamente ejecutivo como el pelear; luego dentro de la ejecución, lo dominante es la Táctica y la Logística su preparación, debiendo, por lo tanto, formar un solo cuerpo de doctrina los dos estudios y proporcionando al conjunto el nombre la primera.

Pero, aun siendo así, quiero llamar también ahora la atención sobre si es ó no natural distinguir en ese estado de ejecución lo que se ejecuta sin peligro de la vida del combatiente y fuera del campo de batalla, de lo que se realiza combatiendo, con el espíritu en estupenda tensión, en el estruendo de la lucha, entre el tráfago de movimientos, órdenes y lamentos, y, en suma, de lo que se ejecuta bajo el fuego enemigo.

Pero aun los que aceptan la distinción establecida de Estrategia, Logística y Táctica, no se conforman sin una cierta fusión de las dos últimas al

abrir el combate, afirmando que la Logística penetra en el campo de batalla y realiza todos aquellos movimientos que conducen, no sólo á establecer el frente de combate, sino á definir éste como de centro ó de alas, con ó sin propósitos envolventes, reforzando la parte que se disponga al ataque á costa de la puramente demostrativa y destacando las que amenacen envolver. La diferencia entre los movimientos logísticos propiamente dichos y éstos, es puramente nominal para ellos: á los unos se les llamará marchas en general, agregándoles el calificativo que las defina, ya que con tantos se las distingue en razón á los diferentes caracteres que afectan, en tanto que á los ejecutados al frente del enemigo se les llamará evoluciones ó maniobras.

Reconozco que puede defenderse esa prolongación de la Logística en el campo de batalla; pero insisto en la distinción establecida y en creer que las evoluciones ó maniobras deben considerarse como movimientos esencialmente tácticos.

Sin pensar en esas prolongaciones, lo que parece incuestionable es que muchos movimientos logísticos anteriores á esos, fuera de la vista del enemigo, sin dejar de ser esencialmente logísticos, tienen corte, carácter, fisonomía, estilo táctico, y eso basta para añadir esa nota más á la compenetración que demuestro de la Estrategia con la Logística.

Porque, sin poderlo remediar, la mente se inclina más á aceptar sin demostración la idea de su compenetración con la Táctica que con la Logística, cosa que explicaré con más detenimiento en el apartado que sigue; y aunque creo haber demostrado ya, sin apartarme del concepto puramente logístico, que el estratega necesita notoriamente estar en posesión de la *alta* Logística, todavía será bueno examinar ese aspecto táctico de ésta, para

completar mi propósito, y servirá á la vez, yendo al final de este apartado, de lazo de unión con el siguiente.

Pero sobre esto ha de bastarme decir muy pocas palabras, porque para eso dije más arriba que tenía un doble objeto la consideración de los tres estados: de seguridad de no ser molestado por el enemigo, riesgo probable de tropezarse con él, ó certeza de encontrarlo para combatir.

Todas las precauciones logísticas varían y se acentúan cuando ese momento se aproxima: si al principio se utilizan sólo los buenos caminos, después se piensa en el mayor número de ellos, luego se saca partido hasta de los más insignificantes senderos, y por último se camina por pelotones á campo traviesa, con el propósito de llegar á tiempo al campo de batalla, que debe ser siempre el punto de atracción de los combatientes: se destaca la caballería y la artillería á caballo, marchan las columnas con sus vanguardias y flaqueos, se disminuyen los intervalos, se acorta la profundidad de las columnas de marcha agrandando el frente con relación al de combate futuro, y se procura que las fuerzas vayan dispuestas de manera que el apoyo mutuo esté asegurado, separadas entre sí de modo que puedan sostenerse y llegar al campo de batalla con tiempo para desplegar, no sólo las cabezas, sino todas las columnas: en suma, todo ha de contribuir á que, en la proximidad del choque, las grandes unidades del ejército puedan concentrarse sobre la que más convenga antes del combate, que es lo mejor, ó, por lo menos, en el tiempo de su duración, porque debe considerarse que *un ejército está concentrado cuando lo está más que el enemigo en todas las fases de la lucha*. Inútil es ya insistir en poner de manifiesto el carácter táctico de todos estos últimos movimientos logísticos, que no pue-

den ser indiferentes al estratega, aun cuando salgan fuera de su esfera de acción y deba encomendarse en su ejecución á la inspiración de los Jefes de más categoría.

XIV

La Estrategia y la Táctica.

Tampoco es mi propósito el dar á conocer la Táctica, ni siquiera afinar sus perfiles para que de ella se tenga un concepto preciso; pero sí lo es el tomar de ella los principales, para que se consolide y complete el de la Estrategia, demostrando que también estas dos ramas de los estudios militares se penetran.

Cuesta poco esfuerzo de inteligencia el imaginar que así sea, porque todo cuanto la Estrategia concibe, se endereza á proporcionar los medios más eficaces y rápidos de ganar la batalla, que es el gran bien de la guerra, y cuanto más duras, si son más decisivas, mejor, porque en ellas alienta la suprema y humanitaria aspiración de terminarla, ya que por dolorosa necesidad no haya podido evitarse.

Y no sólo cuanto la Estrategia concibe va encaminado á ese fin, sino cuantos esfuerzos y sacrificios se emplean en crear el ejército y en dotarlo de cuanto pueda hacerlo apto para la guerra; de suerte que en todos los momentos se tiene presente para su perfeccionamiento el de combatir, el hecho táctico en donde tienen al fin sanción las previsiones ó los desaciertos; y por eso se llama á las organizaciones y á la instrucción militar *tácticas*, aunque se procuran en la paz y á mucha distancia del ignorado campo de batalla, puesto que á él, en últi-

mo término, irá á parar todo y de allí saldrán los llorados desastres ó los gloriosos triunfos.

Y como todos esos elementos acumulados constituyen la fuerza que ha de manejar la Estrategia, la cual, aunque sólo mueva masas, ha de ponderarlas, estimando lo que pesa por separado la calidad, no cabe pensar que desatienda las condiciones constitucionales y de todo otro orden del soldado, individual y colectivamente, así como el prestigio é impetuosidad de sus Jefes, porque en esos dramas grandiosos valen tanto como las dotes de inteligencia, que nunca deben faltar, las condiciones de carácter, que sepan equilibrar la prudencia y la sangre fría con el valor y el ardimiento.

En consideración al concepto de la táctica no podía faltar tampoco la diversidad de opiniones.

Por no sé qué género de razones que merezcan estimarse, dividen cosa tan indivisible como el conocer los fundamentos esenciales de la táctica y el saber aplicarlos en la lucha, en dos partes que consideran que pueden vivir independientes, á saber: la táctica pura ó racional, y la aplicada; cosa que pudiera aceptarse en el sentido que ya he expuesto más arriba al hablar de la Estrategia, comparando ese estudio con el de la Mecánica, en el que se distinguen esos dos aspectos; pero no con la independencia de los que quieren, por una parte, que basten los estudios tácticos sin cuidarse de su aplicación, y de otra, que no se dé valor más que á lo que se aprende guerreando, porque dicen que el campo de batalla es el único libro donde debe leer el hombre de guerra.

No vale la pena de discutir esto: será cuerdo el que aprenda y sepa cuanto de racional enseña la táctica; pero será aún más cuerdo el que aprenda y sepa aplicarlo sobre el terreno, porque en él y no por los aires se sostiene la lucha, y todo lo que no

sea adaptarse á él con el mayor empeño, no será tener idea, ni aproximada siquiera, del problema que se trata de resolver. En el primer caso, es claro que la Táctica es una prolongación especial de la Estrategia, que es antes que todo pensamiento y sigue ahora pensando; y en el segundo, ya iremos viendo cómo le extiende las manos.

Asimismo no podría faltar aquí la división, ya antes enunciada, en alta y baja táctica, diferenciándolas unos por el caudal mayor ó menor de combatientes, otros por la categoría de los Jefes, otros por la misión que se les encomiende, otros por la consideración de que peleen las tres armas reunidas, que es cuando llaman batallas, ó por la de que luchen unidades tácticas, llamandoles entonces combates; y, finalmente, según que haya maniobras en la batalla ó simplemente choque y modos diversos de combatir¹. Sea de esto lo que quiera, sólo me importa á mí afirmar que si la distinción se funda, como algunos pretenden, en separar aquellas líneas generales que dan carácter y

1 No será difícil adivinar, por lo que dejo dicho, que no me convence la clasificación de las batallas y combates, fundada en el manejo de una ó varias armas sin que por eso niegue que es más difícil, más propio de la guerra, propiamente dicha, más eficaz para el logro de empresas decisivas y más adecuado para el empleo de las combinaciones y maniobras, que revelan inteligencia, el manejo de las tres armas que el de una sola, y que, por lo tanto, los encuentros en el primer caso deben ser considerados como de una categoría superior.

Otros fundan la distinción en la naturaleza de los resultados más ó menos decisivos; y, entonces, habrían de tenerse por simples combates los choques más cruentos, más prolongados, más admirables y más dignos de loa, por la variedad de recursos de ingenio y de gallardía puestos en juego con la sola condición de quedar indecisos ó lograrse con ellos fines de escasa eficacia para la terminación de la campaña.

Algunos prefieren llamar batallas á las que vienen preparadas por planes estratégicos, y á todo lo demás combates, sin que tampoco esta clasificación resista á una buena crítica.

El asunto es verdaderamente difícil, porque ni todas las batallas ni todos los combates son iguales; y si, al fin, han de quedar aquéllas y éstos sin distinguir entre sí, poco se gana con distinguir unas de otros. Así se ve que, tratándose de la guerra franco-prusiana y de escritores militares de gran nota, unos llaman batallas á lo que otros combates.

Pero si fuere forzoso distinguirlo y definir unas y otros, puesto que es unánime

definen la batalla, de todo lo que es ejecución, ataques, lucha, asaltos etc., esas primeras líneas, esa alta táctica, como sus análogas en la Logística, no pueden menos de estar bien grabadas en la mente del estratega.

¡Como que otra materia de controversia ha sido, y es, la de si ha de considerarse terminada la misión de la Estrategia al avistar el campo de batalla, ó se ha de prolongar durante la acción y aun después, á fin de sacar de ella las mejores consecuencias! Para entrar en esa discusión, es fuerza tomar algunas ideas tácticas que en ella se manejan, porque lo estratégico se caracterizará más ó menos segun el género de las batallas, y éstas las definen, por lo general, en consideración á los frentes de combate ú órdenes de batalla.

No hay para qué decir que se sale de mis propósitos el examinarlos todos y discutirlos; y, además, aunque no resultara aquí su estudio completamente desplazado, pocas tareas podrían emprenderse más

el sentir de que las batallas han de tener mayor categoría que los combates, pudieran servir estas indicaciones, sugeridas por la guerra moderna.

Apenas se concibe hoy que se envíe columna, por insignificante que sea, para operación de guerra cualquiera, sin la correspondiente dotación, no sólo de las tres armas, sino de zapadores, gastadores ó plazas, en fin, adiestradas en la fortificación pasajera; porque, de una parte, irían las fuerzas como vendidas; y de otra, es preciso reconocer que, dentro de la táctica y sin que haya perdido importancia ninguna la Magética, la ha adquirido mayor con el armamento moderno la Poliorcética. Tan desatinado será el perder movilidad, aptitud maniobrera y moral militar, por sumergirse inconsideradamente en las trincheras, como privar de tan importantes elementos á una defensiva que pudiera ser, no sólo conveniente, sino indispensable.

Agréguese á esto el que, por grande que sea la intensidad que se suponga al frente de batalla, por unidad lineal, necesitan poco los ejércitos modernos para ocupar varios kilómetros y aun varias leguas, y se comprenderá que no será ya posible una sola acción, sino varias en el mismo campo y para el fin principal.

Habrán choques de caballería desde las avanzadas, duelos de artillería al abrirse la acción, encuentros, no ya de armas del mismo nombre, sino de unas contra otras en combinaciones infinitas, para conseguir objetivos parciales determinados que influyan más ó menos poderosamente en el resultado final. Todos estos serán combates que se acabarán de definir, designando las armas y los parciales objetivos. El conjunto de todos ellos es la batalla; y será bien difícil que no obedezca casi siempre á planes estratégicos que la preparen.

estériles, con la circunstancia de pensar que lo han sido siempre, y muchísimo más ahora, porque las batallas modernas tienen escasísimo parecido con las de la antigüedad.

Bastaría indicar sólo algunos de los nombres con que se han distinguido entre sí los órdenes de batalla, ó sea la distribución y manera de estar las tropas en el campo para combatir, tanto con relación á sí mismas como al enemigo, y se tendrá una idea acabada de la inutilidad de tales lucubraciones.

Con relación á sí mismas, habría que distinguir el orden continuo ó con intervalos, sutil ó profundo, rectilíneo ó curvilíneo, y de sencilla, doble ó triple línea; pero con relación al enemigo, comprendiendo las denominaciones adoptadas por autores respetabilísimos y otras de menos autoridad, habría necesidad de examinar el orden paralelo simple, el paralelo con una extremidad doblada, el reforzado en una ó en las dos alas, el reforzado en el centro, el oblicuo simple y el reforzado en el ala de ataque, el perpendicular en un ala ó en las dos, el cóncavo y el convexo, el escalonado sobre el centro, sobre una ó sobre las dos alas, el de centro y ala á la vez, el de cuña, de tenaza, de venablo, de dientes de sierra, de cabeza de puerco ¡y qué sé yo cuántos más!

Jamás habrá podido General alguno acomodarse ni medianamente á esas concepciones geométricas, y el que lo hubiera intentado con verdadera resolución, habría perdido bien el tiempo y comprometido seriamente las ventajas de acomodarse al terreno y á la posición del enemigo, para sacar de todo, obrando con oportunidad y rapidez, el mejor partido posible, que es el verdadero arte de combatir; pero, de todas suertes, en la guerra moderna no hay que soñar cosa semejante. El orden

de batalla es el que resulta de la llegada sucesiva de las tropas al campo, de la disposición del terreno, que á toda costa y sobre todo se debe utilizar, de la situación en que se encuentre ó vaya tomando el enemigo, y de la naturaleza del ataque que se intente realizar en vista de todo. Y ya se comprende que será bien difícil dar un nombre á la línea geométrica que resulte, si es que es línea, porque tendrá intervalos, puntos de refuerzo y sinuosidades de la más variada índole; pero aunque así no sucediera, para el estudio sólo tres órdenes tienen verdadera importancia, á saber: el paralelo, el oblicuo y el perpendicular.

El orden paralelo da idea de las batallas de puro choque, en donde todo se resuelve con el combatir, donde el valor personal y la consistencia de las tropas son los elementos más importantes que se ponen en juego, donde los objetivos son menos importantes porque en definitiva sólo se trata de desalojar al adversario, donde con pocas esperanzas de triunfos decisivos cabe exponerse á verdaderos fracasos, y, en fin, donde lo más probable es que la batalla se convierta en diversos ataques parciales é independientes, de los que unos serán favorables y otros adversos, decidiéndose por último la victoria en favor del que en ellos haya sido más afortunado. Con estos órdenes ni con estos combates poco tiene que ver la Estrategia.

Pero el orden oblicuo ya trae á la imaginación otras ideas. Este es el orden propio de los ejércitos maniobreros, que no van al choque tan sólo con el objeto de hacer uso de las armas, sino para sacar partido de las evoluciones y poner en juego todos los recursos que puedan sugerir á su entendimiento y á su ingenio la situación especial de las cosas. No se olvide que he dicho que estos tipos sirven para el estudio; pero no se espere verlos en estado

de pureza en los modernos campos de batalla, porque la extensión de los frentes, dada la magnitud de los ejércitos, proporcionará ocasiones para todos los gustos, pudiendo decirse que una de estas batallas se compone de varias, á las cuales podrán serles aplicables aisladamente los razonamientos, con la complicación no pequeña de no haber tal aislamiento.

Al orden oblicuo se le han atribuído ventajas indiscutibles, demostrándolas con razonamientos que no logran de modo alguno convencer, cuando versan sobre el ángulo; porque este ángulo tiene una bisectriz y con relación á ella los dos lados quedarán en absoluta identidad de condiciones, sin que uno con relación á otro pueda ganar ¹. Otra cosa es relacionar con la posición del vértice la de las porciones de lado que á cada ejército corresponda, porque aquella de éstas que esté más cercana de aquél, tendrá la ventaja de que esté menos expuesta al fuego enemigo el ala más indicada para el ataque y que amenaza envolver, en tanto que la otra ala más expuesta está más lejana y corresponde, por lo general, á la parte demostrativa. También aquí habrá que censurar al que se deje coger en esa posición; pero á igualdad de las demás condiciones, y no oponiéndose á la maniobra la disposición del terreno, es indudable que está indicada y favorecida la batalla de ala de frente y envolviendo.

El orden perpendicular daría idea de las batallas en que se maniobra con el propósito de envolver y cortar las comunicaciones, y no con el de romper la línea antes ó á la vez que envolver.

Con esto basta para hacerse cargo de cómo unas

1 Algunos caracterizan el orden oblicuo por la diversa, discontinua y relativa fortaleza de los frentes, aunque sean paralelos.

veces puede considerarse terminada la misión estratégica al abrir el combate, y otras admitirse que se prolonga durante la acción, porque no puede dudarse que los movimientos á que da margen el género de batallas que acabo de mencionar tienen un marcado carácter estratégico; pero por no alargar más este apartado, lo dejo para el siguiente, aunque haya de resultar demasiado corto.

No terminaré éste, sin embargo, sin repetir una vez más que en la batalla, como en todas partes, la calidad de las tropas justifica evoluciones y propósitos que en otras condiciones habrían de tenerse por insignes demencias. El ataque debe intentarse reforzando mucho las tropas de asalto á costa de la parte demostrativa; pero si ésta puede resistir menos que la atacada del contrario, puede volverse la empresa del revés: es, pues, necesario confiar racionalmente en la superioridad para correr cualquier género de riesgos.

De los objetivos y puntos decisivos que hayan de tomarse en consideración con preferencia, para el mejor resultado de las maniobras y del ataque, he dicho ya lo que basta para no tener que insistir.

XV

Carácter estratégico de los movimientos tácticos.

Aunque haya sido muy somero el examen de los órdenes de batalla y del género de éstas á que dan margen los tres principales tipos, porque no encaja otra cosa en el plan de este trabajo, no puede menos de saltar á la vista la inmensa diferencia que va desde las batallas de puro choque hasta aquellas en que se maniobra con uno ú otro propósito.

No podrá decirse que las primeras sean absolutamente independientes del pensamiento estratégico, porque la batalla es el objetivo principal de la Estrategia; y si en ella se encuentran las tropas y combaten, al estratega se debe—salvo en las batallas llamadas de encuentro—;pero, en suma, bien puede decirse que se queda á la puerta del campo en ese caso especial.

Pero en las otras, y singularmente en las del tercer género, no sucede lo mismo y proporciona materia de discusión seria á los que defienden que la Estrategia se prolonga durante la acción.

Así como al llegar á cierto punto dije más arriba que no se podría menos de tener ya un cierto concepto de la Estrategia, nada estrecho, aunque todavía poco perfeccionado, digo ahora que habré perdido lamentablemente el tiempo si no he logrado definirlo de una manera completa, aunque todavía hayan de afinarse algo más algunos perfiles.

En este supuesto, es forzoso haber visto en ese campo de evoluciones ó maniobras algo parecido á las operaciones que constituyen la teoría de la Estrategia, imaginando que se ha reducido ó achicado el teatro de la guerra, pero sin que puedan señalarse otras diferencias esenciales que las de extensión, de magnitud, de cantidad. Al pensar así, se pensará en mi sentir equivocadamente, confundiendo los dos conceptos de Estrategia y de Táctica, de modo que á estas alturas no podría pasar; pero nótese bien que con el sólo nacer de la duda, tengo lo bastante para acentuar algo más la idea que vengo sosteniendo de la compenetración en que viven; de suerte que no puede excusarse una zona de penumbra común al sol de la una y á la sombra de la otra. Además, si eso no es Estrategia, porque evidentemente es Táctica, según

quedan ya definidas, no cabe negar que es estratégico el carácter de esos movimientos tácticos, aunque deba bien distinguirse entre el ser y el tener parecido.

Acabo de decir que la Estrategia se detiene al llegar al campo en las batallas de puro choque: digo ahora que cuando el campo elegido obedece á ciertas concepciones y propósitos estratégicos y la batalla se acomoda á sus intentos escogiendo un orden dado de batalla, llevando en la mente ciertos objetivos, eligiendo en consecuencia ciertos puntos de ataque en tal caso decisivos y evolucionando como á esos fines convenga, sin perder de vista el desenlace para sacar de todo el mayor provecho, como es el cortar las comunicaciones y aislar al enemigo de su base, entonces bien puede decirse que la Estrategia no termina al abrirse la acción, porque viene á ser ésta un accidente en el plan general que continúa adelante, después de terminada; pero el caso general es intermedio entre éstos y en él tiene la batalla toda la independencia deseable, aunque tengan como tienen carácter, parecido, corte, *estilo* estratégico.

Y salta á la vista que ese carácter se hace patente en muchas maniobras; porque resuelto el ataque de ciertos puntos y definido el género de batalla, ¿qué se hace muchas veces sino aplicar en pequeño las leyes de la Estrategia?

Distraer fuerzas de donde no sean muy indispensables, dejando las precisas, como parte demostrativa en esos puntos de la línea, para que no aparezca desatendida, y activando el fuego para que ni siquiera aparezca debilitada, con el fin de concentrarlas en el momento preciso sobre los puntos de ataque, ¿no es aplicar la primera ley estratégica que prescribe reunir el mayor número de fuerzas posible en los encuentros?

Hacer que esas fuerzas converjan y se reúnan convenientemente sobre el punto decisivo, con la seguridad de no ser entorpecidas ó imposibilitadas de realizar la evolución, aunque tome la iniciativa el enemigo para batirlas aisladamente, ¿qué es, sino aplicar la segunda ley estratégica, guardando el precepto de operar sobre líneas interiores, aunque estas líneas sean de extensión reducida y marcadamente tácticas?

Y, finalmente; moverse de forma que se rebasen ciertas posiciones ó las alas del frente de combate, con el propósito de coger ciertas fuerzas por el flanco, cortarlas ó envolverlas, ¿qué es, sino aplicar la tercera en su mayor generalidad, aun cuando en campo más restringido, tratando de cortar otro género de comunicaciones, ya que no sean las de unión con la base?

Cuando se trata de romper el centro, en las batallas de este género, con el propósito de dividir las alas y que no vuelvan á reunirse más, tanto al reforzar las columnas centrales de ataque como al impedir la unión de las fuerzas divididas, disponiéndose á caer sobre cada una de ellas aisladamente, para batirlas con certeza, aprovechándose de la superioridad alcanzada, ¿no se ve en todo el estilo estratégico?

Y si se prefiere la batalla de ala, ya por aprovechar la ventaja con relación á las de centro, de no estar expuestas las fuerzas más que al fuego del ala correspondiente, ya por aprovechar la anteriormente apuntada al hablar del orden oblicuo, si hubiese lugar á ello, ya porque así lo exija la facilidad de *ganar* la batalla, que es el supremo objetivo de todas ellas, sin lo cual todo se pierde, y sobre todo si la superioridad con que debe contarse para todo género de ofensiva permite combinar el ataque de frente con otro envolvente, ¿cabe duda de

que vuelve á tropezarse con el *estilo* estratégico, pero mucho más acentuado?

Si entrara en mis propósitos, que se reducen á manejar razonamientos, el de traer citas á colación, encontraría á borbotones los ejemplos de batallas que deben su carácter decisivo y brillantísimo á ese estilo especial estratégico de que en ellas se ha hecho alarde, y que llega á veces á presentarse á nuestro examen con caracteres, no sólo de extraordinaria belleza, sino, si se me permite la frase, de suprema elegancia.

En tales condiciones las batallas se subliman, no sólo por el aspecto decisivo que revisten, el cual sirve de disculpa y aun de elogio á las más encarnizadas, sino porque son á la vez las menos cruentas, puesto que se suma al esfuerzo material de las armas el que procede del entendimiento, en todas ocasiones importante.

No creo que pueda ya quedar duda acerca de la compenetración indudable de la Estrategia y de la Táctica, sin perjuicio de la independendencia en que viven, porque tiene cada una esfera de acción distinta. Y asimismo quedará comprendida la diferencia que existe entre el ser y el parecerse, distinguiendo la Estrategia propiamente dicha, de la Táctica, que se desenvuelve con caracteres ó estilo *estratégicos*.

Todavía tienen otro punto de contacto, por decirlo así, inverso; porque, así como tienen un corte estratégico las maniobras tácticas, hay operaciones estratégicas de aspecto y de resultados tácticos, cosa que examinaré en el siguiente apartado.

XVI

**Carácter táctico de los movimientos estratégicos.
Batallas sin choque.**

Tambien ahora declaro que puede parecer extraño el título que precede. Y que parece igualmente extraño que se dedique á este asunto un apartado especial, que no podrá ser muy extenso.

Séalo ó no, porque la materia no se presta á grandes desenvolvimientos, lo de tratarlo aparte me parece incuestionable. Bien pudiera haber sido terminación del precedente, añadiendo algunas palabras más á la última parte, para no hacer dos pequeños; pero, si en ése se trataba de movimientos tácticos con uno ú otro carácter, mas al fin tácticos, ¿cómo podía tener cabida en él lo contrario?

Mucha más importancia tiene la extrañeza por el título. Porque lo estratégico no puede ser táctico: y no se comprende cómo los movimientos que ya se reconoce que son estratégicos y que no se relacionan con el campo de batalla, han de ser ni remotamente tácticos.

Por otra parte, si se quiere decir con ello que esos movimientos se relacionan con la acción de guerra, no hay para qué repetirlo, pues sobradamente se ha dicho que para ella se prepara todo y que si algo ha de tener siempre presente el pensamiento estratégico, es la batalla á que conduce.

Y como si no fuera bastante el epígrafe, «Carácter táctico de los movimientos estratégicos», todavía añade: «Batallas sin choque», que es á todas luces contradictorio, porque si no hay choque no

hay batalla, puesto que la característica de ésta es aquél.

No puedo negar que todo eso es exacto; pero de lo primero daré desde luego explicación; y de lo segundo, sin perjuicio de darla más adelante, yo no tengo la culpa de que así se presenten ciertos problemas, obscureciéndolos con propósitos de aclararlos. El fin de la Estrategia es la batalla, y el fin de la batalla es ganarla. Pero al ganarla, se consiguen ciertos efectos, ciertos resultados, conducentes, no sólo á la victoria, sino á la paz.

Y si la Estrategia por sí sola, por medio de sus operaciones, consiguiera efectos parecidos á los que las batallas consiguen, como, por ejemplo, hacer que el enemigo desaloje el campo; que se repliegue sobre puntos para él peligrosos y favorables para el invasor; que se retire separándose de fuerzas con quienes esperaba concentrarse; que se vea cortado en sus comunicaciones é incomunicado con su base y, por tanto, en situación desesperada; que perdidas las esperanzas de concentración, imposibilitado de una defensa racional y sin medios de tomar la ofensiva, piense en capitular, ¿no se estará autorizado para decir que se ha sustituido en los efectos á la batalla, que ha conseguido sin batalla lo que con ella se pretendiera conseguir, y que puesto que los efectos son de carácter igual al que tácticamente hubiera podido conseguirse, táctico también será el carácter de las causas, que eran esencialmente estratégicas? ¿No son los efectos conseguidos por la sola Estrategia iguales á los que hubiera alcanzado en una ó más batallas, con las que pudiera contarse y que se han hecho innecesarias? Y en tal concepto, no podrá decirse que se ganan batallas que no se han dado ó *batallas sin choque?*

¿Y qué duda tiene que se puede llegar á esas situaciones por movimientos puramente estratégicos,

cuando es un genio el que dirige las operaciones, cuando es tal la consistencia de uno de los ejércitos que tiene sobre el otro la superioridad fundada en la calidad; cuando se ha operado con rapidez, impetuosidad y bizarría; cuando el enemigo comete errores grandes ó no obedecen sus fuerzas con la precisión que las funciones de guerra exigen; ó en fin, cuando todas ó muchas de estas circunstancias se reúnen?

No cabe duda, en efecto, y así lo reconocen algunos reputadísimos autores; pero apasionados por la batalla, resueltos á darle la mayor importancia en la guerra, no queriendo admitir que sin ella se resuelvan los problemas guerreros y en la necesidad de contar con ella para todo, dicen que la batalla existe siempre, sólo que en este caso es una batalla.... ¡mental!

Afirman que se da en la mente, la cual examina las circunstancias, pesa el pro y el contra de las cosas, y cuando ve que la batalla *real* está perdida, porque se perdería inevitablemente si se diera, se retira ó se rinde!

¡Vayan en paz, si con tan poco se contentan para salirse con la suya! ¡Sea esa batalla *mental*!

Pero si ellos están autorizados para decir que se ha perdido una batalla reconociendo que los resultados pueden ser idénticos á los que se derivaran de ella *si realmente se diera*, cualquiera puede creerse autorizado para decir que cuando esas batallas perdidas son *mentales* no hay tales batallas; y puesto que los efectos de ellas se consiguen lo mismo, deben ponerse en la cuenta de la Estrategia, que además de obtenerlos por sí sola, llega á la cumbre del ideal en la guerra, que es el hacerlas innecesarias.

Y hasta aquí no nos fijamos más que en una, en la que se supone preparada por el plan estratégi-

co; pero, ¿no se gana más que una haciendo esa innecesaria? ¿No es fácil suponer que el que no supiera evitarla no hubiera sabido tampoco hacerla decisiva? ¿No serían varias las que se derivaran de ella si no lograba quebrantar al enemigo ó no era afortunada? Luego no se gana una, sino varias.

Aun en el supuesto de librarse la acción, de suerte que no quepa ya suponer que se evita, ¿no se economizarán otras si las cosas se han sabido llevar á punto de hacerla decisiva?

Luego no cabe dudar que la Estrategia por sí sola gana sin darlas tantas batallas como ahorra.

Y cuando á tales resultados llega, se dignifica y sublima en términos que todo encomio es mezquino, porque al objetivo por excelencia, que consiste en terminar pronto la guerra, añade el supremo ideal de conseguirlo sin sangre, ó con el menor derramamiento de ella posible. De suerte que al peso de las armas añade de inteligencia lo que economiza de sacrificios enormes y de preciosas vidas.

Aquí terminaría estos renglones si no se ligara estrechamente con estos aspectos el de si la Estrategia ha de variar y realmente varía con el perfeccionamiento de los elementos de guerra, como los transportes, y singularmente las armas.

Que los principios fundamentales estén á merced de esos progresos, no parece probable; pero que las dificultades de la ejecución se acrecienten ó disminuyan con los nuevos adelantos, no puede dejar de tenerse por fácil. En igualdad de las demás condiciones, y puesto que todo progreso ha de ser utilizado por las dos partes, lo que interesaría dilucidar es si con ellos gana ó pierde la ofensiva.

No he de repetir aquí lo que con otro motivo he dicho ya más arriba; pero importa hacerse cargo de los resultados, para aplicarles las consideraciones que preceden.

¿No alteran la relación entre la ofensiva y la defensiva y, cualesquiera que sean las armas, conserva su eficacia el empuje y la impetuosidad? Pues entonces, no se ve razón para cambio de ningún género en el carácter general de las iniciativas ni de los planes de guerra, reduciéndose todo, á lo sumo, á las diferencias que sea forzoso introducir en los detalles de ejecución.

Mas si como algunos piensan, en mi sentir equivocadamente, el perfeccionamiento de las armas favorece desmesuradamente el valor de la defensiva, debiéndose esperar que llegue á ser inexpugnable en la cúspide del progreso, entonces, no diré todavía que hubieren de ser abandonados unos principios que llevan el sello de los axiomas y que se consolidan en todo momento por la experiencia, pero sí que habría de ajustarse á otros moldes su dirección y sentido.

Si la ofensiva ha de ser tan peligrosa y la defensiva tan fuerte, natural sería pensar en aquellas soluciones que obligaran al enemigo á atacar, esperándolo á pie firme, y para eso servirían á maravilla las consideraciones apuntadas hace un momento, pidiendo á la Estrategia, no ya que ganara batallas sin choque, sino que obligara á combatir saliendo del campo elegido, que es mucho menos.

Las operaciones y las maniobras, tanto en el teatro de la guerra como en los alrededores del campo de batalla, se enderezarían á amenazar posiciones de tanta ó mayor valía, menos defendidas que las que se hallaran cubiertas por el ejército enemigo, si era dable; á envolverlo en forma que no pudiera evitarlo sin combatir; á cortar sus comunicaciones, objetivo que alcanzaría ahora un valor incomparable; en suma, á cuanto pudiera contribuir á hacer insostenible su permanencia en el campo

de batalla elegido, poniéndolo en trance de buscar como salvación el combate.

Inútil es hacer patentes las dificultades con que tropezaría ese género de Estrategia; pero no por eso perderían su valor los principios admitidos. Esto no es más que sacar las consecuencias de la hipótesis admitida, con gran repugnancia por mi parte, acerca del valor de la defensiva en función del perfeccionamiento de las armas, á lo cual habrían de acomodarse inexcusablemente aquellos principios; pero no creo que sobre esto haya de abrigarse una gran intranquilidad.

Se ve, sí, que cambian los modos de la guerra y el empleo de las armas en el combate; pero no que cambie la esencia de los preceptos fundamentales.

La caballería, por ejemplo, ha perdido en importancia bajo ciertos aspectos; pero ha ganado por otros de una manera colosal.

Será difícil que resuelvan ya con cargas brillantes los problemas que antes resolvía en el centro de la acción; pero más que esto vale la misión que desempeña de exploración de los terrenos, de descubiertas y flanqueos, proporcionando seguridad al ejército y precisas noticias del enemigo, siendo probable que abra en lo sucesivo las batallas, luchando con la otra caballería, y contribuyendo como siempre á hacer más decisivas las victorias. Ha cambiado su empleo, pero no ha disminuído su importancia.

Lo mismo pudiera decirse de la artillería y de la infantería, por la adopción de las piezas de fuego rápido y de los fusiles más perfeccionados: cambia el modo de batirse cada una, pero ninguna pierde su importancia.

Y esos cambios afectan poco á los preceptos de la Estrategia.

XVII

La Estrategia en la guerra defensiva de guerrillas.

Con lo que precede, doy por terminado cuanto tenía que decir de la Estrategia en relación con lo que otros llaman gran guerra y yo simplemente guerra, ó guerra propiamente dicha, puesto que se realiza con la mayor copia de elementos que se puedan desear para la organización de los ejércitos y utilizando, además, todos los adelantos ó perfeccionamientos que proporcione el progreso.

A la guerra que no es ésta la llamo lo mismo, sin perjuicio de agregarle el calificativo que la defina y distinga de aquélla; pero es muy frecuente conocer con el nombre de pequeña ó chica, á la que no sé yo si llamarla de guerrillas, de montaña, defensiva, contraofensiva ó cómo, cuando se trata de la que tiene por objeto la defensa del territorio nacional.

Con el nombre de guerrillas no se particulariza bien el género de guerra á que me refiero, porque hoy realmente todo lo hacen las guerrillas en cualquier género de combate. Partiendo del orden así llamado, ó por otro nombre, *disperso*, las masas—que no ya las columnas—de ataque, se forman engrosando las de primera línea con las reservas, pero sin dejar de ser tales guerrillas ó guerrillones, en las que aumenta el número de combatientes, mas no la regularidad de los frentes ni el carácter de la formación.

¿No sería más propio cambiar el nombre de guerrillas por el de montaña, ya que ese es su cam-

pamento y en ellas encuentran refugio y relativa seguridad, aunque no sólo no les está vedado el maniobrar sobre el llano, sino que será forzoso hacerlo así para sacar partido de la defensiva?

Este, sin duda alguna, sería más propio, porque á la defensiva se está: defender el propio hogar es el fin, y defensivo el carácter general de una lucha que es de resistencia.

Pero si se recuerda lo que he dicho de ella, es á saber: que toda defensiva absoluta conduce á perecer y que es indispensable la ofensiva, en la medida de lo posible, para poder abrigar esperanzas de triunfo, nadie extrañará que me parezca mejor que los otros el calificativo de contraofensiva, aunque siga adoptando el de guerrillas, como más generalmente admitido. Y le cuadra tan bién el de contraofensiva, como que el alma de estas campañas son las incursiones inesperadas, los movimientos atrevidos, los golpes arriesgados y las iniciativas vigorosas de las fuerzas aisladas, que forman en esta guerra especial las columnas volantes.

Pero sea de esto lo que quiera, ya he dicho que llaman chica á la guerra que por todo es grande: grande por su duración; grande por la cantidad de riqueza que anula y de sacrificios que exige; grande por el número de vidas que cuesta y que es corto cada día, pero enorme al terminar; grande por la extensión del teatro de la guerra, que comprende acaso todo un reino; y grande, en fin, por la excelcitud de la causa que obliga á tales empeños y que es nada menos que la sacrosanta idea de conservar íntegra la patria y vivir sobre ella con independencia.

Y como así se le llama, y se dice que sólo á la gran guerra corresponde la alta Estrategia, la alta Logística y la alta Táctica, natural es preguntar

qué es de la Estrategia en esta pequeña, si hay alguna, grande ó chica, y cuál sea si la hay.

No podría, pues, excusarse el decir sobre esto tan pocas palabras como se quiera, pero algunas, para que no pueda decirse que ha sido olvidado este perfil. Y, realmente, no es sólo un perfil; porque ¿cómo se justificaría que, tratándose de formar concepto de la Estrategia, no se examinara con relación á cualquier género de guerra, á no admitir que sólo es aplicable á la grande? Y para completar ese concepto ¿no será, por lo menos, necesario investigar si ésta que ahora examino, es de naturaleza que modifique esencialmente la fisiología de los principios establecidos y aun su propio modo de ser?

Si solamente se conservara en estas guerras, también llamadas irregulares, el recuerdo de lo que eran con los Almogávares, no habría gran imprudencia en asegurar que podrían hallarse en ellas escasas muestras de lo que he dicho que se llama Estrategia, aunque no faltaran de ella algunos vestigios; porque la característica es el choque brutal, el uso personal de las armas, la sorpresa y cuando más la estratagema; porque para las armas blancas no hacen falta municiones, ni almacenes, ni fábricas, ni organizaciones que procuren los abastecimientos; porque no se siente para nada de eso la necesidad de más combinaciones, ni logísticas ni tácticas que las que puede proporcionar el instinto de un Jefe que debe sobresalir más por la bravura que por ninguna otra condición; pero esa guerra ha desaparecido ya de entre nosotros y es bien distinta de ésta la de nuestros grandes guerrilleros modernos, que ya usaban perfeccionadas armas de fuego y maniobraban de manera que no podía negárseles condiciones de estrategias, que algunas veces sorprenden y no pocas maravillan. Y todavía

puede considerarse todo eso anticuado; porque ya no se puede vivir largos períodos de tiempo con una bolsa de pólvora y otra de balas, ni cabe soñar en que los actuales proyectiles y pólvoras se fabriquen en las montañas: esa guerra es ya mucho más difícil, más civilizada, necesita organizaciones para atender al municionamiento y una dirección inteligentísima.

Los Jefes de las pequeñas columnas volantes ó guerrillas, como al fin les llamamos, necesitan tener, en tan pequeña escala como se quiera, destellos por lo menos de todas las altas cualidades que distinguen á los grandes Capitanes, debiendo añadirse que no les basta tener algunas, sino que han de ser un resumen de ellas, porque el aislamiento y la independencia en que generalmente viven, les hace forzoso valerse por sí mismos, sin que puedan distribuir entre varios ó confiar á otros el desempeño de aquellas especiales funciones que tan separadas se encuentran en los ejércitos. Han de ser tácticos, logísticos y estratégicos. Tácticos, no sólo para instruir las fuerzas que mandan lo bastante para no combatir en barullo, sino para apreciar, cosa que les interesa más todavía, el partido que pueden sacar del terreno, de la estación, del espíritu de sus propios combatientes y de los contrarios, todo lo cual representa una alta táctica indiscutible, aunque en escala muy reducida. Logísticos, porque ya no pueden maniobrar sin impedimenta, y en la misma escala reducida, han de procurar la organización y transporte de los repuestos, las marchas y los descansos para acometer cualquier género de empresas ofensivas de las que tendrán que emprender á cada momento. ¿Y será necesario decir que necesitan ser estrategas, aunque sea en la corta medida que he supuesto para lo demás? Si viven de la impetuosidad y de

la bizarría; si han de correr grandes riesgos y sorprender con golpes repentinos, ¿cómo no ha de tocar la estratagemas en los límites de la Estrategia, para obrar con seguridad y sacar el mejor partido posible de sus fuerzas? ¿Y cuál de los preceptos estratégicos examinados ha de ser incompatible con esos movimientos y de cuál dejarán de poder sacar provechoso partido?

Al apreciar lo que pasaba en los campos de batalla, donde las maniobras tomaban el aspecto estratégico, cabía negar que ese fuera un teatro de la guerra de reducidas dimensiones y que en eso estribara la diferencia con las operaciones estratégicas, y afirmar que, de todas suertes, era táctico lo que bajo el fuego enemigo se ejecutara; pero en estos movimientos de las guerrillas, preparatorios de un encuentro, no sólo hay estilo estratégico, sino Estrategia, y no podrá demostrarse con las mismas razones que no lo sea, sin más diferencia que lo restringido del campo.

Se ve, pues, sin pasar adelante, que siguen siendo recomendables y son exactos los principios estratégicos establecidos, y que no sufre alteración su fisiología por el género especial de esta guerra; antes al contrario, el efecto de las guerrillas será tanto más eficaz y sorprendente cuanto mejor partido sepan sacar de ellas los Jefes.

Pero eso no es más todavía que considerarlas aisladamente, obrando con absoluta independencia y variando la magnitud de las empresas con la de las fuerzas de que cada una se componga. Este no será, sin embargo, ó al menos no deberá ser, el caso general, porque habrá de exigir la mejor defensa que todas ellas se coordinen y obedezcan, si quiera sea en algunos momentos, á una organización más amplia y á una dirección más inteligente.

Y desde ese momento, reaparece la Estrategia.

para esta guerra chica con las mismas grandezas, los mismos propósitos, los mismos fines y los mismos procedimientos que la que á cualquiera otra guerra pudiera aplicarse; sin que sean obstáculo para ello las ideas antes mantenidas sobre que ha de manejar fuerzas con organización; porque, aun cuando prefiera para desarrollarse la mejor, aquí ya hay alguna.

Y más valen estas organizaciones toscas, pero consistentes, por la naturaleza de las gentes agueridas que las forman, que aquellas otras que sólo sirven para dar apariencias de ejércitos á la carne de cañón.

Dividido estará el adversario, que procurará dominar los centros populosos ó de mayor riqueza é importancia estratégica; porque ¿qué haría concentrado un ejército contra las guerrillas que escapan á toda persecución, que rehuyen todo combate decisivo y que se disuelven y reaparecen cuando menos se piensa?

Contra fracciones tendrá que operar, de mayor ó menor importancia; y, contando con la movilidad de las guerrillas y sacando partido de su peculiar organización, tendrá que calcular las concentraciones y para ello poner en juego todas las leyes de la Estrategia, que no se ve por dónde ni por qué hayan de sentir la necesidad de modificarse.

No vale la pena de insistir más en esto, porque no estudio la guerra de guerrillas; afirmo tan sólo que en ella no se modifica para nada el concepto de la Estrategia.

XVIII

Todavía algunas palabras.

La Estrategia, como se ha visto, es el alma de la guerra. Todo lo domina, todo lo envuelve, de todo necesita, todo lo maneja, de todo saca partido, todo lo sintetiza, de nada puede olvidarse sin exponerse á grandes contratiempos y á responsabilidades abrumadoras; y con todo ello forja sus planes, que pueden ser poderosos para el logro de los dos grandes ideales de la guerra, que son acabarla pronto, haciendo que las batallas sean decisivas ó innecesarias, y economizando en el más alto grado posible los sacrificios y las vidas: en tal supuesto, bien puede decirse que es la esencia de los conocimientos militares.

Pero ¿hasta el punto de que deba tenerse á los otros por inferiores? No.

Ya he dicho que con ser espíritu, alma, esencia de la guerra, no puede dormir tranquila, sino acostada sobre el terreno y arropada con todas las realidades que intervienen en el desarrollo de cosa tan real como la guerra.

Nada hay insignificante en ella. Reclutamientos, reemplazos, organización, armas, transportes, instrucción, mandos, disciplina, espíritu militar, todo, en fin, conduce al fracaso ó á la victoria; y como la falta de algo puede acarrear la pérdida de todo, todo tiene importancia primordial. No hay armas superiores á otras, porque cada una llena su cometido, cumple su fin y necesita de sus hermanas, á quienes como tales debe considerar, asistir en todo trance y querer siempre con el más absoluto

desinterés. La infantería es la mejor de las armas, la caballería es la mejor de las armas, y la artillería es la mejor de las armas; todas son lo mejor: según el momento de que se trate, la misión que se les encomiende y la parte honrosa que les corresponda tomar en las operaciones ó en los combates, podrá hoy sobresalir la una y las otras mañana; pero de todas juntas es todo y de cada una nada. Los Ingenieros, la Administración y la Sanidad militar, son cada cual en su esfera organismos de la mayor importancia, que prestan á sus compañeros en el Ejército incomparables servicios, nunca bastante encomiados.

Y asimismo es forzoso reconocer que, dentro de su radio de acción, cada Instituto realiza empresas en las que consumen enormes caudales de inteligencia, de laboriosidad, de perseverancia, de ingenio y de valor, además de los esfuerzos materiales que son inherentes á la vida militar, y singularmente á las funciones de guerra.

Y no obstante, como todo conspira y contribuye á la realización de algo que sobre todo flota y todo lo envuelve, que es la concepción estratégica, no puede menos de verse, en cuanto acabo de mencionar, un cierto automatismo en el que predomina la obediencia, á la vez que adquiere lo que es suprema dirección un carácter indiscutible de superioridad.

De ahí el que no pueda evitarse que parezca más elevada la posición de aquel que, en el cumplimiento de su deber concreto y limitado, sabe darse cuenta del conjunto, adivinar el plan, interpretar las órdenes que recibe con verdadero tino y honrarse contribuyendo, por su parte, al fin que se persigue y que á todos por igual incumbe.

Y por eso doy gran valor á que en el espíritu militar arraigue lo más posible el pensamiento estratégico.

Pero ¿ha de extrañarse el que se vea más entibiado que enardecido? De ninguna manera: no puede verse con extrañeza lo que es natural.

Atañe principalmente lo estratégico al General Jefe y á las altas jerarquías de la milicia; y es natural que los Oficiales de escasa graduación entiendan que no les urge, hasta que á esas alturas lleguen, el discurrir sobre esos asuntos. Y olvidan lo que en las Academias aprendieron, en espera de la ocasión que les obligue á fortalecer sus conocimientos.

Pero el sentimiento estratégico, que se deriva de la costumbre de tratarlo, no es cosa que se improvisa, y mucho menos cuando ha de repartirse el tiempo con otras urgentes atenciones del servicio y en unas edades en que la inteligencia ha perdido flexibilidad; de suerte que es muy fácil que cosa tan importante no se llegue ya á saber nunca.

Que hay Oficiales distinguidísimos, entusiastas por su carrera y en mayor número de lo que pudiera presumirse, que adquieren desde bien temprano esos conocimientos y con perseverancia los cultivan, hay que reconocerlo con orgullo; pero ¿son esos los que llegan á las altas jerarquías de la milicia? Sin embargo, entre los que llegan hay que elegir para darles la dirección y dividir entre ellos el mando de las tropas.

Y aunque algunos de esos lleguen, no basta: es preciso que sepan esas cosas todos los Jefes, porque á veces pende la victoria de un rápido movimiento del ingenio ó del concurso que en los graves momentos presta una resolución genial.

Pero esas resoluciones no deben esperarse de los que sólo pueden dar de sí obediencia y bizarría, ¡sin que esto sea poco!

El que ese sentimiento estratégico deba ser familiar entre los Jefes de mayor graduación, parece

incuestionable; pero ¿no deberá extenderse á los subalternos?

Para contestar afirmativamente bastaría pensar en que sólo aprendiendo estas cosas temprano, es como se llegan á saber bien cuando es inexcusable que se sepan. Aún tenderían á formar el mismo convencimiento las consideraciones expuestas al hablar de los Jefes de guerrillas. Pero todavía hay que agregar que los subalternos pueden recibir encargo de consumir ciertos actos auxiliares de las funciones de guerra, en los cuales asumen todo el mando y toda la responsabilidad: y, en esos casos, es absolutamente indispensable que tengan un concepto clarísimo de su situación, apreciando las dificultades y los riesgos, dando valor á los elementos de que dispongan, midiendo la superioridad que puedan tener, tomando en consideración las líneas más convenientes para operar, sus puntos de apoyo y de retirada y lo que pueden exponer sin imprudencia. Además, no siempre serán suficientemente precisas las órdenes que reciban, para que no necesiten interpretación ni dejen á sus iniciativas huelgo ninguno; cuanto más que á la misma solución podrá, acaso, llegarse de distintos modos, y es preciso que sepan elegir.

Es, pues, indudable que el estudio de la Estrategia conviene á todos, porque tiene una importancia en la carrera militar que nunca se encomiará bastante.

Por eso es preciso que no se olviden las primeras ideas adquiridas en las Academias y que, lejos de eso, se consoliden y acrecienten con las conferencias y discusiones en los Cuerpos y con las especiales prácticas apropiadas al caso, que en otras naciones se verifican. En mi sentir, y sin quitar valor á ningún otro género de conocimientos militares, puesto que todos lo tienen altísimo, éste contri-

buye, por lo menos como el que más, á elevar el nivel del hombre de guerra inteligente. ¡Ojalá se cultive!

XIX

Para terminar.

Me lisonjeo de que este trabajo logrará contribuir á que puedan empezar el estudio de la Estrategia, los que quieran conocerla, sin el temor de equivocarse su concepto.

Es muy probable que aquella definición que di de ella al principio, como provisional, se estime ahora que puede ser definitiva.

Y con ser tan modesto mi propósito, todavía podré haberme equivocado, teniendo que pasar por la amargura de mi ineptitud.

Para darle algún carácter práctico, hubiera querido añadir un apéndice en el que se estudiaran los tipos estratégicos más apropiados á las guerras que pudiéramos mantener en nuestro territorio; pero está agonizando el plazo concedido para acudir al certamen, y no hay tiempo para más.

Todavía, para acomodarme á esos apremios, he tenido que acortar los últimos apartados.

Declaro que me hubiera sido más grato el disponer de mayor holgura; pero no se crea por eso que me apesadumbra mucho.

Primero, porque claramente digo que no es necesario lo que solamente como apéndice pudiera haber añadido.

Y después, porque para formar el concepto de la Estrategia, único afán mío, hay lo bastante con lo que precede..... ¡si es bueno!

Y si no es bueno..... ¡vale más que sea poco!

INDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria al Rey.....	5
I. Antes de empezar.....	7
II. Primeras ideas que definen el plan.....	11
III. La Estrategia se inspira en la Política.....	18
IV. La Estrategia se desarrolla en el terreno.....	25
V. La Estrategia ha de manejar fuerzas organizadas.....	33
VI. La Estrategia es esencialmente ofensiva.....	39
VII. Cómo se particulariza la Estrategia—Sus leyes.....	45
VIII. Primera ley estratégica.....	51
IX. Segunda ley estratégica.....	58
X. Tercera ley estratégica.....	66
XI. La Estrategia en consideración á las bases, líneas de operaciones y objetivos.....	72
XII. La Estrategia no es la Logística ni la Táctica, pero se compenetra con ellas.....	78
XIII. La Estrategia y la Logística.....	82
XIV. La Estrategia y la Táctica.....	91
XV. Carácter estratégico de los movimientos tácticos.....	98
XVI. Carácter táctico de los movimientos estratégicos—Bata- llas sin choque.....	103
XVII. La Estrategia en la guerra defensiva de guerillas.....	109
XVIII. Todavía algunas palabras.....	115
XIX. Para terminar.....	119



R
3199

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208057

R 003199

